

THE SMITH

LAS RUEDAS DEL CORAZÓN



TOMÁS GUEVARA

El mundo ha cambiado, y vaya que ha cambiado con la llegada de una nueva generación, la Generación Z. Han originado un cambio de cultura además de ser gente única e interesante. Tan diferente a lo anterior es la imagen que estas personas dan, ya que esta novela salió por la inspiración que me dieron ellos.

Pero espera un momento, porfa... hay algunos personajes de esta novela que también hablan.

Rebecca Grant: “¿Qué tal?, espero que seas feliz porque yo no lo he sido hace ya bastante tiempo. Solo quiero decirte que quizás me merezco todo lo que me suceda y tal vez las apariencias te engañen al darte una imagen sobre mí”.

Thomas Sanders: “Soy violento y me da lo mismo, así que no me pidas explicaciones por lo que hice. Siempre he sido así y no cambiaré. Pero solo para dejarte la interrogante ¿Estaré diciéndote la verdad?”

Josh Smith: “Todo llega a su tiempo, créeme. Y ahora que tengo la felicidad, no dudaré en soltarla”.

Miranda White: “Josh lo era todo para mí y me pregunto qué es lo que tiene esa perra de Janice que me lo arrebató”.

Sarah Knight: “Josh me da asco, pero más asco me dio que mi novio me ha sido infiel. Ese idiota me las pagó aunque haya tenido que rebajarme a estar con Josh”.

Anna Taylor: “Soy alcohólica y lo que sucedió fue totalmente culpa mía”.

William Smith: “Los dos peores errores de mi vida ocurrieron en la misma noche ¿Acaso se puede tener menos suerte?”

Edward Taylor: “Elegí amistad antes de amor. Pero no me critiques, porque en los momentos de crisis las mejores decisiones cuestan tomarlas”.

Bob Turner y Jessica Miller: “Arrendarles nuestro piso a Josh y Janice fue el peor error de nuestras vidas”.

Jennifer Arnold: “¿Sabes por qué mi padre no estuvo en mi casa?”

Marisse Steward: “Nunca le perdonaré a Edward el que haya elegido a sus amigos antes que a su familia”.

Para mis padres

Agradezco mucho a la redactora y a la persona encargada de hacer la portada de mi novela.

Y mis más sinceros agradecimientos son para ti, amigo, que compraste mi novela. Miembros de la Generación Z, a ustedes no puedo dejarlos fuera de mis agradecimientos, porque solo gracias a ustedes es que esta novela existe.

I

La mesa y la silla del escritorio de Rebecca Grant estaban cubiertas con pedazos de Cheetos de todos los tamaños, desde los completos hasta los que se caían de la boca de la dieciochoañera con un sobrepeso visible. La tarea y los apuntes de la estudiante también estaban empapados de esos aperitivos de harina de maíz. La lámpara del escritorio que emulaba cuidando de buena manera los detalles de una palmera ya crecida en la que en vez de tener cocos, tenía ampolletas LED con luces amarillas de distintas intensidades que hacía juego con la cara de la mujer que representa la naturaleza, con sus ojos verdes tan claros como los del césped crecido a tal punto que no está ni desgastado, ni le falta por seguir creciendo y con la otra singularidad de que los pájaros no se han dado cuenta de su existencia. Su cabello era rubio como el sol de verano que lucha por no irse. Si hubieras visto el rostro de la mujer, hubieras notado que la frase: “la naturaleza humana” le calza perfectamente. La vestimenta de Rebecca, hacía honor a su sobrepeso, con sus blue jeans anchos tipo *elefante* y camisa blanca con el estampado de diferentes colores con la frase “I love Miami” ocupando todo el centro de la misma que hacía que sus *rollos* se visualizaran sin pudor.

Tras veinticinco minutos de *estudio*, Rebecca escuchó el *Ding Dong* que emitió su timbre al ser presionado repetitivas veces por su novio, Thomas Sanders. La mujer se encontraba sola, puesto que sus padres estaban celebrando sus veinte y tres avo aniversario en un restaurante francés, del que Rebecca no tenía ni idea de donde quedaba o cómo era. Para cualquiera, estar en plena madrugada de una semana laboral, junto al *Crick Crick* constante que emitían los grillos y la Luna sola en el cielo, sin siquiera la compañía de las estrellas, no daban exactamente una sensación de seguridad. Pero Rebecca no pertenecía al grupo de los *cualquiera*, así que sin pensárselo dos veces, bajó las escaleras de dos en dos casi resbalando en más de una ocasión.

—¡Abre ya, perra! —gritó Thomas.

La vestimenta de Thomas también hacía honor a su cuerpo tonificado, debido a que su ropa deportiva, una polera sin manga de su equipo de la NBA, Los

Angeles Lakers, zapatillas en color blanco mayoritariamente marca Michael Jordan y su buso marca Adidas negro con las tres rayas blancas típicas de la marca a cada lado del mismo, hacía que sus músculos se notaran más que nada en su cuerpo y, el que vista deportivamente hacía aumentar la sensación de que Thomas era un *Mr. Músculo*.

Había *algo* que hacía que su voz no sea la cotidiana de él y de ese *algo* Rebecca estaba convencida de saber lo que era, para ella. Thomas debía estar sí o sí ebrio. Rebecca también supo que la relevante musculatura de su novio iba a causar estragos en su piel apenas Thomas consiguiera golpearla.

Cuando Rebecca zafó de tropezar con los escalones de su escalera, siguió corriendo primero por su oscura, limpia y solitaria sala de estar. La cual constaba de dos sillones negros de cuero viéndose de frente, separados por una mesa pequeña en la que solo cabía el macetero de plástico que emulaba la madera y en el que había erguida y contenida una margarita, también de plástico. La única *tecnología* de la sala de estar era la rocola que ha pasado de generación en generación por la familia Grant, la cual estaba gastada hasta tal punto que sus colores, que en sus tiempos mozos eran capaces de alegrar cualquier ambiente, ahora estaban oxidados hasta tal punto que lograban deprimir a cualquiera, y su sonido, que también bajó su calidad y potencia drásticamente, deprimía aún más. Rebecca no se detuvo a ver la sala de estar ni siquiera un instante y prosiguió al pasillo, el cual sí estaba iluminado por blancas lámparas de techo sin más forma que la de un rectángulo desgastado por las múltiples polillas que las escogían como hogar nocturno.

—¡Abre la puta puerta! —gritó nuevamente Thomas.

Tras escuchar el grito, el piso le comenzó a tambalear a Rebecca haciendo que estuviera a punto de caerse. Sus blancas mejillas se tornaron rojas por la sangre que se dirigía ahí y comenzó a sentir cómo se humedecía su cuerpo.

Cuando escuchó los golpes que le daba su novio a su puerta, la mujer volvió en sí y lo dejó entrar.

El temor de Rebecca se hizo real cuando vio a su novio con un tufo fuerte pero no rancio, sino con olor a Vodka. Tenía una mirada ida que daba la imagen de estar viendo a un loco. También, Rebecca estaba esperando un golpe que de seguro le iba a llegar, porque Thomas estaba borracho. La mujer lo sabía, ya que cuando Thomas se emborrachaba, hasta los objetos pedían clemencia.

La mano de la mujer le complicó la tarea de abrir la puerta al estar reaccionando sin siquiera así lo quisiese ella.

Rebecca volvió en sí cuando escuchó a Thomas insistir golpeando una y otra vez la puerta de la entrada de su casa.

Una vez que Rebecca pudo abrir la puerta, Thomas la apartó con un fuerte empujón, el cual culminó en Rebecca chocando con la pared y cayendo inconsciente al suelo. A la mujer le caía un río de un líquido espeso rojo desde su ceja derecha a su mejilla también derecha. Thomas ni se inmutó y seguía exaltado con ganas de romper cosas y golpear a su novia, y también seguía con ganas de beber.

Para “enfriar el hocico”, que era como Thomas se refería al momento en que quería seguir bebiendo, aunque ya estuviese ebrio, bajó cuidándose de no tropezar de una forma en que quién sabe cómo lo logró y asaltó el refrigerador de su novia en busca de más alcohol.

Rebecca abrió los ojos con velocidad tortuga y pegó un grito asustada al ver un charco de sangre esparcido en los alrededores y debajo de su cabeza.

—¡Qué mierda! —Rebecca no dejaba de gritar.

A Rebecca le costó un mundo entrar en sí, y cuando logró calmarse, fue a buscar a su novio. Aún así, la acción de levantarse hizo que la sangre se le subiera a la cabeza y se mareó tal cual antes de abrir la puerta horas atrás con la única diferencia de que esa vez no pudo aguantar el vómito y este salió por su boca. La mujer casi se cae de no ser que con un reflejo lento, pero eficaz, se pudo apoyar de la pared justo cuando estaba cayendo. Fue afirmándose de la pared con la velocidad que le permitía no caerse, entró a la cocina y se encontró con Thomas desmayado sobre su propio vómito, el cual también se hallaba en su ropa. A Rebecca le dio una sensación de tanto asco ver a su novio en aquellas condiciones que volvió a desmayarse.

Minutos después, los padres de Rebecca llegaron a su casa y se asustaron hasta tal punto que ambos gritaron: “¡Qué mierda!”. Luego de discutir sobre qué hacer, llegaron a la conclusión de sacarle una foto a la escena que hicieron su hija y el novio de ella.

El *chic* que produjo la cámara del Iphone X de la madre, junto al flash que también produjo el hecho de sacar la foto, hizo que los novios despertaran.

Ambos sentían que sus cabezas iban a estallar en cualquier momento y, con la dificultad que les produzco sus jaquecas, se levantaron lentamente.

Una vez que se encontraban de pie, se dieron cuenta mejor de la escena, en la cual estaban presentes los dos padres de Rebecca furiosos con el comportamiento de ellos.

—¿En qué carajos pensaban? —les preguntó alzando la voz el padre—. Están

en serios problemas —continuó.

Rebecca y Thomas se disculparon con un tono de voz tan poco creíble que ni el padre ni la madre les creyó. Acto seguido, echaron a Thomas de la casa, quien ni siquiera protestó y salió como si nada. Con Rebecca fue completamente distinto, no alcanzaron a decirle palabra alguna y ya se encontraba subiendo a toda prisa las escaleras con sus ojos hechos una piscina.

—Déjala, mañana hablaremos con ella —le pidió la madre a su esposo.

Se escuchó el *Ring Ring* de la campana en el Chelsea School y, tanto Rebecca como Thomas, le agradecieron mentalmente.

La mujer se disponía a salir de la sala y, cuando se encontraba a unos cuantos pasos de la puerta que daba con el pasillo principal del colegio sintió un dedo ajeno en su espalda. Alarmada, se dio vuelta y vio a su mejor amiga con un tono de piel más claro del que tenía cuando la vio anteriormente ese mismo día.

—Amiga ¿Qué te pasó? —le preguntó su compañera a Rebecca.

—Mmmmm... No sé... Nada —le respondió tartamudeando Rebecca—. Será mejor que te calles y no le cuentes a nadie —prosiguió, pero con un tono de voz seguro—. Créeme que no querrás contradecirme, perra —sentenció.

Acto seguido, Rebecca salió corriendo de la sala y no volvió a hablar con su compañera el resto del día. La compañera de Rebecca quedó tan preocupada por ella que decidió descubrir qué le pasó sin importarle la dificultad que esta tarea le llevaría. Lo que más le preocupó fue que la Rebecca que conocía, era una mujer educada incapaz de romper un plato, por lo que el insulto que le dio ella, hizo que sospechara que algo estaba mal con Rebecca.

Mientras Rebecca corría, vio a Thomas tomando un cuaderno de su casillero y no se dirigieron la palabra.

—Mierda —dijo mentalmente Rebecca.

II

—Hoyo en uno, querido Ed —dijo William Smith—. Creo que gané — prosiguió sarcásticamente.

—Por fin ganas —le siguió el sarcasmo Edward Arnold a William—. ¿Revancha el próximo fin de semana? —preguntó Edward a su mejor amigo.

Edward medía entre dos metros y dos metros con cinco centímetros, William medía un metro setenta y tres y la victoria de William fue casi exactamente con la diferencia de puntos que la diferencia que se llevaban de altura. Así que el juego terminó aproximadamente una hora antes de lo que esperaban y más temprano, por ende. Por lo mismo, William le preguntó a su mejor amigo si quería ir a un asado en su casa. No le fue fácil conseguir un sí como respuesta y este únicamente llegó cuando la invitación pasó a ser completamente gratis, claro está que para Edward, porque para William le significaría un gasto de plata que no le sobraba y unos retos de su mujer, Anna Taylor. Otro motivo por el que Edward aceptó la invitación era su ligero sobrepeso y sus de comer.

Pasaron las horas y el Sol, que ya estaba recién tomando lugar en el partido de golf, ya lo había hecho. William y su mujer, a la que todos pretendían por su tono de piel color sombra, mezclado con su cuerpo con tales curvas que hacían pensar que fue esculpida por Dios en su mejor momento. Anna utilizaba un vestido oscuro completo que hacía notar sus curvas, sobre todo las laterales. Sus aros de oro real, los más baratos del material que encontró, ocupaban desde donde comenzaban hasta su mentón, por ambos lados laterales de su cara. En tanto el atractivo de William provenía de su pelirrojo cabello y ojos color mar, ya tenían el aperitivo preparado y la casa dispuesta para recibir a Edward.

Una vez que William estaba en su casa esperando a Edward y Edward en camino a la misma, los dos se habían cambiado de ropa. William se vistió con una camisa blanca marca Polo a cuadros blancos con el borde rojo y un blue jean, el más oscuro que encontró, cuando fue a comprar ropa esa vez, y unas alpargatas de cuero. En su brazo derecho tenía un reloj marca Rolex con su pulsera de metal a cuadros y el resto negro, a pesar de los números que eran

color paz. En tanto, Edward vestía con una camisa completamente blanca con un jersey color cielo triste con cuatro botones color blanco desde la parte que abriga el cuello hasta la parte que cubre el inicio de la parte de arriba e inicial de la panza. La parte inferior de Edward estaba vestida con unos jeans color sangre y unas alpargatas color tristeza.

Cuando Edward Arnold se encontraba a una cuadra de la casa de los Smith, sintió una sensación tanto de felicidad como de ansiedad cuando vio el humo producido del fuego que provenía de la parrilla de la casa de los anfitriones.

Pasaron unos minutos y Edward le preguntó a William por qué su hijo, Josh, no bajaba a saludarlo, a lo que recibió como respuesta que él también estaba en una fiesta, solo que en otra parte.

William iba a ir a la cocina para llevar la carne hasta la parrilla y comenzar realmente el asado, pero antes le pidió a su esposa una botella más de tequila. William, al ver que los minutos pasaban y que aún el tequila no estaba en sus manos decidió ir a la cocina a apurar a su mujer. Su esposa preocupada le dice que no hay ni una cerveza porque Josh debió probablemente llevarlas a su fiesta sin siquiera avisarles. William no se enojó y tranquilizó a su esposa para posteriormente pedirle que vaya a comprar más tequila.

Una vez que Anna llevaba unos kilómetros manejando sin cometer errores, el alcohol que estaba dentro de su cuerpo la traicionó. A la mujer le llegó un sueño que casi no pudo contener y perdió, tanto la noción de la dirección a la que manejaba, como la velocidad a la que iba. Cabe destacar que ambas no estaban bien, sino todo lo contrario. Cuando Anna escuchó el impacto que hizo su automóvil al chocar con un árbol fue cuando se durmió completamente. Con el pasar de los minutos se fue acercando un grupo con cada vez más chismosos que no hacían más que sacar fotos a la escena que provocó Anna. Pero no solo habían chismosos, también estaba presente un veinteañero que llamó una ambulancia. Aproximadamente media hora más tarde llegó la ambulancia junto a los policías. Anna fue trasladada en la ambulancia al hospital más cercano y la policía dispersó a la gente para analizar la escena. Como era de madrugada, muchos vehículos no pasaron por ahí, lo que le facilitó la tarea a la policía de cerrar las calles y desviar a las personas que pasaban por ahí.

Anna entró inconsciente al hospital llamado Chelsea Health Center luego del viaje de no más de diez minutos, y momentos después se encontraba en una habitación individual de la sala de urgencias sobre una camilla y con morfina y suero entrando por medio de inyecciones a su cuerpo.

Después de que una enfermera averiguó el número telefónico de la casa de la

accidentada tras buscarlo en su celular, llamó inmediatamente a ese número, pero nadie contestó, sin importar que llamó más de una vez. Tras no recibir respuestas, le dijo a un médico, el que posteriormente iba a ser el encargado de Anna, que no recibió respuestas de la casa de ella. Tras analizar la situación, deciden dejarla internada y llamar nuevamente el día siguiente antes del mediodía.

No sucedió así, porque minutos después de la conversación, la enfermera escuchó un ringtone provocado por un celular en la mesa de las enfermeras, la cual se encontraba en la mitad del pasillo que daba con las habitaciones de urgencia. Era tan amplio el pasillo que esta mesa no estorbaba aunque estuviese en la mitad. El ringtone no era el de su celular, así que sospechó que el celular de Anna era el que lo estaba provocando y, al notar que tenía la razón, no dudó en responder la llamada. Se presentó como una enfermera del Chelsea Health Center y después le pidió a William, quien había llamado, que fuera a buscar a su esposa allí. La enfermera ni siquiera llevaba un mes trabajando en ese hospital, ni en ningún otro, así que aún no había perdido la empatía, por lo que su tono de voz fue tranquilizador. William se puso tanto nervioso como avergonzado, al decirle que estaba demasiado ebrio como para manejar hacia allí y le preguntó si podía ir el día siguiente antes de almuerzo, a lo que recibió una respuesta positiva. Tras cortar, la enfermera se dijo mentalmente: “Vaya parejita”.

A las tres de la mañana, Josh llegó a su casa aún ebrio, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que su padre y Edward se encontraban durmiendo en sillones separados en la sala de estar. Josh aprovechó la oportunidad para salir nuevamente sin cometer ruidos que despertaran a los adultos, y una vez fuera, se fue camino a la casa de Miranda White, su novia.

Josh estaba vestido con una camisa color pureza, que era lo único que se veía de ella, al estar el resto de la misma cubierta por un jersey color mar caribeño, el cual tenía su propia parte para cubrir la cabeza color césped. Josh tenía la cabeza cubierta por esa parte de su parca. Su cuerpo, en la parte inferior estaba cubierto por unos blue jeans más oscuros que compró aquella vez que fue a comprar ropa en Tommy Hilfiger. Sus zapatillas eran deportivas color paz marca Adidas.

En pleno camino, a Josh le llega la sospecha de que lo están acechando.

III

Luego de que la alarma sonó otra vez, esta vez para dar por finalizada la jornada escolar para el Chelsea School, Rebecca nuevamente se encontró con Thomas, pero en esa ocasión si interactuaron.

—Acompáñame, perra —le murmuró Thomas a Rebecca enfurecido.

Rebecca no quiso armar un escándalo, así que le hizo caso, y para suerte de ella, no había nadie lo suficientemente cerca como para haberse percatado de la situación.

Rebecca estaba muy ilusionada de que Thomas le pidiese perdón, pero sabía que eso era muy poco probable; Thomas ya la había golpeado anteriormente y nunca había mostrado ninguna clase de arrepentimiento, es más, Rebecca, con el pasar de las golpizas descubrió que, de hecho, Thomas se enorgullecía con cada una de estas.

La situación no fue grata ni lo más mínimo para la mujer, porque el lugar en que se encontraban era el sector más apartado de la plaza pública de Chelsea, uno al que le llegaba el olor a marihuana desde otros sectores ocultos. Ver la cara de Thomas cada vez más roja y sus puños cerrados para finalmente recibir una paliza de parte de él, hizo que la mujer volviese a la realidad. Rebecca no pudo, ni quiso defenderse y esperó a que la golpiza terminara. Aunque ella hubiese querido defenderse, Thomas no se lo hubiese permitido, debido a que tenía más fuerza que ella. Por lo que le restaron dos alternativas, pedir auxilio o no hacer nada; optó por la segunda opción. Thomas estaba más furioso que nunca con su novia, así que Thomas no se fijó que la golpeó en partes visibles normalmente, que posteriormente terminarían moreteadas, lo cual todos podrían ver eventualmente.

Luego de la paliza, una vez que se encontraba sola y Thomas se había ido del lugar hace unos minutos, Rebecca decidió tratar de ocultar sus moretones. El plan que ejecutó fue convertirse en emo, esperando que todos le creyeran el cambio, aunque ella supiera que no era así. Optó por ser emo, porque hace unos años ella había tenido una amiga que sí era emo y eran tal el nivel de amistad de ellas, que Rebecca había aprendido todo sobre ese estilo de vida y

el nivel de daño que se autoinfligían.

Para empezar, Rebecca entró a la peluquería y salió con un cabello que nunca había tenido, se lo tiñó de negro y se dejó una chasquilla del color del agua que desprenden las berenjenas de tal volumen que tapaba todo su ojo izquierdo y un poco más a su alrededor.

Al salir de la peluquería del Chelsea Mall, siguió con su objetivo y se dirigió a un supermercado que estaba ahí mismo. Preguntó por cosméticos emo y compró pintalabios y tapa ojeras, ambos del tono más oscuro que encontró. Rebecca subió las escaleras del mismo supermercado y fue a la sección de ropa de mujer, localizó y compró tres poleras y dos polerones con calaveras estampadas. Pensó que las ventas de prendas estaban mal orientadas, porque no podía entender por qué alguien podría decidir ser emo. En realidad hasta ella no estaba segura de su elección.

Justo cuando se estaba preparando para bajar las escaleras y salir del supermercado, Rebecca se topó con la sección de accesorios y compró cadenas y un cinturón tipo góticos que para su gusto eran horribles pero, a la vez, perfectos para su plan.

Sentir que todos la miraban “disimuladamente” la hizo sentir mal, pero ella sabía que tendría que acostumbrarse a la desaprobación social si es que su plan le resultaba, así que decidió seguir su camino sin detenerse confrontando a los mirones.

Por “suerte” para Rebecca, sus padres no se encontraban en casa, solo estaba la encargada del aseo. Una vez que se encontraba dentro del hogar, subió las escaleras temblando y, al llegar al segundo piso, se dirigió a su habitación. Le echó un último vistazo a su habitación, pero en mayor medida le echó un último vistazo a la felicidad. Las paredes estaban llenas de posters de cantantes de K-pop y, solo en una pequeña sección de la pared que estaba detrás de su cama, no habían más pósters, sino que habían fotos de ella con su familia y otras con Thomas. Luego de echar ese último vistazo, tomó una siesta que se terminó alargando hasta tal punto que solo la despertó la alarma del celular para avisarle que tenía que ir al colegio en una hora y media. Decidió vestirse normal pero luego, apenas llegase al colegio, se vestiría nuevamente pero como emo. Lo único poco común que hizo fue ir con un polerón y medias que le llegaban hasta la falda, sin importarle que se encontraba en primavera-verano y el frío se había ido hace un par de semanas.

Sus padres comenzaron a sospechar que Rebecca estaba actuando raro, pero decidieron restarle importancia a sus sospechas, así que la llevaron al Chelsea

School sin preguntarle ni siquiera si se encontraba bien o mal. De hecho el viaje se tornó incómodo para los tres por la indecisión, así que decidieron guardar silencio todo el viaje, el cual solo se rompió cuando se despidieron y Rebecca salió del automóvil para luego entrar al colegio.

Rebecca entró corriendo y, así mismo, entró al baño de mujeres que se encontraba a la izquierda de la sala que se ocupaba como enfermería en su colegio. Tomándose su tiempo, sin importarle que la campana había sonado hace unos minutos para anunciar el comienzo de las clases, por ende, también, se vistió y se maquilló como emo con la ropa y accesorios que compró el día anterior.

Apenas entró a la sala, la profesora la echó diciéndole que en el colegio se tenía que utilizar uniforme y, mucho menos un alumno se podía vestir con ropa tan “extraña”. Todas las miradas, tanto de sus compañeros como la de su profesora de matemáticas fueron dirigidas a Thomas en un intento por descubrir qué diablos había sucedido con Rebecca, pero Thomas se hizo el desentendido y la clase volvió a transcurrir, pero con todos preocupados por Rebecca y con Thomas enfurecido con ella. Más de uno quiso ir a ayudarla, pero la profesora no los dejó. Ni siquiera permitió las salidas al baño en toda la clase, para evitar que cualquiera vaya a ver a Rebecca. Rebecca no se había enfadado y salió como si nada para posteriormente ir a la inspectoría, una sala con sillas tan incómodas como las de las salas de todas las asignaturas. Las paredes y la alfombra que tapaba todo el piso de madera gastada eran de un color gris aburrido. Solo el techo tenía una pintura de otro color, era de un color amarillo, pero no alegre, más bien daba una sensación de tristeza. Si sumamos el techo a las paredes y la alfombra, cualquier mirada se deprimiría al verlos.

La inspectora se preocupó más que cualquier otro alumno con Rebecca, porque Rebecca escasamente se metía en problemas y, menos en uno tan grande como el de ese momento. Sin embargo, sus calificaciones eran como las de un alumno problema. Aunque no fue una decisión de su agrado, la inspectora optó por suspender indeterminadamente a Rebecca desde ese mismo instante. Nuevamente, Rebecca no se enfadó, de hecho se alegró porque su plan de que no culparan a Thomas por sus moretones, estaba funcionando. Pero lo que no había percibido es que sí le habían visto los moretones, pero la forma en que se vistió los hizo pasar desapercibidos para todos, menos para la inspectora, que no le dijo nada sobre ellos a Rebecca pero sí a los padres de la alumna.

La espera entre el momento que salió del colegio a la sala usada como recepción del mismo y cuando llegaron a buscarla sus padres se le hizo eterna. Apenas se subió al auto, su padre comenzó a conducir, sin siquiera ver si había alguien enfrente a su automóvil, pero por suerte para él no había nadie ahí. El único ruido que había dentro del auto era el llanto del hombre y la fuerte respiración que hacía al conducir. Si bien Rebecca estaba distraída, no lo estaba tanto como para darse cuenta de que no iba en dirección a su casa, pero ni se imaginó el destino al que iba. Ella pensaba que iba a ir a cualquier lugar a tener una charla con su padre. El mundo se le derrumbó cuando vio que en un cartel a la orilla de la calle salía escrito “Cambridge Mental Hospital” a cinco kilómetros. Lloraba desde ahí hasta que llegó e intentó convencer todo ese tiempo a su padre de que iba a dejar de ser emo, pero no lo consiguió.

IV

Las sospechas de Josh eran ciertas y él mismo se dio cuenta de eso, así que comenzó a correr hacia adelante con una velocidad que ni él sabía que podría llegar a tener. Como seguía siendo plena madrugada, no había nadie cerca. Por desgracia para Josh, ni siquiera policías o gente con rangos menores a cargo de cuidar a las personas de South Kenningstone, el barrio donde residían tanto Josh como su novia Miranda White.

De un momento a otro, tuvo que frenar en seco, ya que vio a un hombre de uno o dos años menor que él a unos cuantos metros delante de él obstruyéndole el camino.

Estuvo a punto de chocarlo y solo Dios sabe cómo pudo frenar. Posteriormente, el sujeto se adelantó unos metros y golpeó a Josh tan fuertemente en su rostro que lo consiguió derribar. Luego, con el fin de que Josh no pudiera levantarse, lo pateó repetidas veces en su estómago. Cuando el delincuente pensó que Josh estaba indefenso, lo levantó para proseguir con la paliza. Sin embargo, esa vez, Josh sí se defendió. Con el fin de dejar sin suficiente aire y dolorido a su asaltante como para que pueda defenderse, lo golpeó en el estómago. Sin embargo, el delincuente era más fuerte que él, así que Josh no pudo cumplir su objetivo. El antisocial rápidamente se repuso al ataque de su presa y después de un golpe en su rostro lo derribó para finalmente robarle la mochila, la cual estaba en su espalda. La fortuna no estaba del lado de Josh, porque el callejón en el que sucedió el asalto estaba oscuro y desolado. Sarah Knight, la compañera de Josh, minutos después pasó por ahí y se lo encontró tirado en el suelo. Pensó en pedir ayuda, pero se le vino a su cabeza la idea de que la interrogarían y no quería pasar a ser sospechosa. No quería problemas, sobre todo ese día en el cual venía de vuelta de la casa de su novio, al que pensaba cortarle el día siguiente porque ella misma lo vio poniéndole los cuernos en su habitación; nada sexual, solo besos. Sin embargo la mujer no armó un escándalo, prefirió irse sin que la vieran. El escándalo se lo guardó para otra ocasión. Sarah vestía con una camisa, que lo único que mostraba era su color blanco, debido a que estaba

camuflada por su jersey color sol, que también estaba tapado por su chaqueta marca North Face negra con un diseño a rayas horizontales y más gruesa que la mayor parte de su competencia. Sus blue jeans eran del tipo “elefante” y sus pies estaban cubiertos por zapatillas negras marca Adidas. Los aretes de imitación de diamante de Sarah ocupaban espacio desde donde estaban puestos hasta la parte inferior de las orejas en que cada uno estaban. En la parte inferior de su mano derecha, Sarah tenía dos pulseras sin marca, ni diseño, una color césped y otra color sol.

Luego de darse cuenta de que esa era la mejor opción, al menos para ella, Sarah miró para todos lados prestando atención de que no hubiese gente cerca. Finalmente, se percató de que, tanto ella como Josh, se encontraban solos.

Una vez que corroboró la soledad de ambos, corrió donde su compañero. El hombre estaba con su ropa ensangrentada y con mucha sangre escurriendo de sus cejas. Como Sarah había acudido tan pronto en auxilio de Josh, él no se desangró. Tampoco se desangró gracias a que Sarah se desprendió de su polerón para enrollarlo desde las cejas hasta la parte más superior del cuerpo de Josh. El cuerpo moreno de la mujer tirando a negro y sus pronunciadas curvas, hacían que Sarah proyectara una imagen contraproducente, debido a que ella era, para la mayoría, hermosa.

Una vez que Josh tenía el polerón de la mujer enrollado en su cabeza, Sarah lo levantó con tal dificultad de que casi se tropieza en el intento, no se derrumbaron, porque la situación y la preocupación hicieron que Sarah tuviese más fuerza que nunca. Sin embargo, sus fuerzas se acabaron en el momento que lo levantó y lo más suavemente que pudo, lo volvió a dejar en el piso. El sobrepeso de Josh hizo que la mujer, aunque fuese dos horas al día al gimnasio, no lo pudiese ayudar a caminar. Además, Josh era el más bajo de su curso y estaba notoriamente debajo de la altura de la media de los habitantes de su país. Por lo que su sobrepeso se hacía más notorio.

Sarah optó por no pasar a llevar, tanto su integridad física y la de Josh, así que permaneció parada vigilando que nadie se acercara y, además viendo a Josh constantemente para ver si despertaba. De repente escuchó unos pasos a lo lejos acercándose y, para no llamar la atención del sujeto o de la sujeta, le toca la barriga a Josh y él asustado se despertó. Fue tal su susto que Josh estuvo a punto de gritar, pero este no se produjo gracias a que Sarah le tapó la boca con su mano. Luego le murmuró que se calle y que le iba a explicar qué había ocurrido, pero le advirtió que actuara como si nada hubiese pasado, porque sino se meterían en problemas. Josh le hizo caso y, una vez que

entendió el porqué de su maltratado cuerpo, decide acompañar a Sarah a su casa para que ella lo ayudara a reponerse. Como ninguno de los dos emitió ruido, el sujeto que iba pasando cerca no se percató de su presencia.

Cuando estaban a pasos de la entrada de la casa de la mujer, Sarah le pide a Josh que siga actuando como si nada y que no hable, le dijo también que ella se iba a encargar de la situación, finalmente le dijo que lo mejor era pasar inadvertidos.

Que su pieza esté en el primer piso, le facilitó el objetivo a la mujer, porque solo tuvo que abrir la puerta de la entrada de su casa con su llave, la cual estaba en el bolsillo derecho de su bluejean. Colocó la alarma, la cual consistía en cuatro dígitos: “dos, tres, cuatro y cero”, para finalmente caminar silenciosamente juntos a su habitación. Por suerte para ella, en todo ese tiempo sus padres y la empleada del aseo estaban profundamente dormidos. Una vez dentro de la pieza de Sarah, la mujer cerró la puerta con llave y, jocosamente, le dijo a Josh que se tendría que vestir como mujer esa noche, así que no se espere una noche de pasión. Se puso aún más jocosos, al ver a Josh incapaz de quitarse sus bluejeans.

—Ya va, yo te ayudo —le dijo riéndose Sarah a Josh—. Bebé con sobrepeso —continuó.

Josh, al igual que un niño incapaz de hacer una labor, se desprendió de su dignidad y le permitió que Sarah le ayudara. Una vez que Josh se encontraba vestido con la ropa de Sarah, ella, aún seguía riéndose, tanto por la situación y porque Josh parecía una prieta con su piel de un color tan oscuro como el de ella, sumado a que la ropa era de una o dos tallas menos que él, además como era ropa de mujer, era menos voluminosa que la de los hombres. Una vez que Josh se encontraba cambiado de ropa, Sarah le permitió acostarse en su cama.

—No te tapes con las sábanas —le advirtió Sarah a Josh—. Dormiremos juntos, pero no somos pareja —continuó—. Tampoco te ilusiones con cambiar la situación —terminó de decirle la advertencia.

De repente, Sarah se acordó, por esos últimos momentos, de su novio poniéndole los cuernos y furiosa se levantó de la cama y se encerró en el baño.

—El imbécil no sabe de lo que se perdió —pensó enfadada Sarah.

Josh le restó importancia a que Sarah se haya levantado de la cama, y se concentró en dormir. No lo logró porque él sí sentía atracción por Sarah y comenzó a hacer planes en su mente sobre cómo conquistarla sin que ella lo echase de su casa.

V

La luna se hizo sol y la alarma que había puesto William en su celular la noche anterior no dudó en sonar, provocando tanto a él como a Edward un dolor de cabeza, producto a la jaqueca que el tequila de la noche anterior les había causado.

La jaqueca de ellos era mayor, producto a que ellos no habían comido en toda la noche. Una vez que William, lentamente, y no a gusto, apagó la alarma, despertó a Edward, quien reaccionó igual que él. No al nivel de pelear, pero sí al de no querer despertar.

—Vamos Ed, la vida de mi esposa está en juego —le dijo William a su mejor amigo.

Esas palabras le inyectaron la energía suficiente a Edward para que cambie sus malas vibras por un humor y actitud positivos. En cambio William tenía una actitud positiva, pero gran parte de sus predicciones sobre el estado de su mujer eran negativas.

Solo por asegurarse, William vio la hora en su reloj y este daba las diez en punto, pero no confió solo en su reloj, así que le pidió a Edward que viera también la hora en su celular, el cual también daba las diez en punto.

William se duchó en el baño de él y su esposa y Edward hizo lo mismo en el baño de Josh. El baño de William tenía un jacuzzi, no de lujo, pero jacuzzi pese a todo, una ducha en el que cabía él y Anna, un lavamanos y WC de un color tan blanco que daba la sensación de limpieza. En cambio, el baño de Josh era tan pequeño que la ducha, el WC y el lavamanos casi topaban, lo que hacía que entrar ahí diera una sensación de encierro e incomodidad a la hora de desplazarse. William no aprovechó su baño y Edward no se quejó por el de Josh, debido a que para ellos Anna pasó a ser más importante que ellos mismos.

El camino al Chelsea Health Center fue uno en el que tanto William y Edward no se hablaron una sola palabra. Las únicas palabras provenientes del único automóvil de la familia Smith eran las que salían de la boca de William a la hora de ver que otra persona manejaba mal y le dificultaba el camino. Aunque

en realidad, la desesperación por llegar hizo que William sea el que manejó mal, pero no estaba en condiciones de analizar si él era el que estaba manejando mal.

Llegaron y, por suerte para los mejores amigos, el estacionamiento no estaba lleno, así que encontraron lugar pocos instantes después de entrar ahí. Sino muy probablemente William hubiese chocado o con un auto estacionado o con uno buscando lugar para estacionarse por la desesperación que llevaba encima.

Entraron caminando más rápido de lo que caminaban comúnmente por la entrada principal de la sala de urgencias del hospital, la cual incongruente por sus paredes y suelo pintados de un color blanco limpio mezclado con las personas esperando desesperadas por su turno para entrar, o a su consulta, o a ver a alguien hospitalizado ahí. No se detuvieron a analizar esa incongruencia y fueron directo a pedir que los dejaran pasar a ver a Anna. La secretaria delgada y amargada tanto en su actuar como en su forma de vestir, con ese traje color gris aburrido, les pidió que se identificaran y esperaran por su turno. Como era un hospital, la atención era gratis. La espera de un poco más de media hora se les hizo eterna y cuando la pantalla más cercana a ellos indicó su turno justo después de un pito que emitió esta, entraron con el mismo caminar con el que entraron al hospital. La puerta estaba entreabierta y en esta había una placa en la que salía el nombre de la mujer de William, Anna Taylor y el número de sala, veinte y tres. Los recibió un médico, el que estaba a cargo de Anna. Una vez que les dijo su nombre les advirtió que Anna estaba en coma y que no intentaran despertarla, que eso era tarea de los profesionales. Luego les permitió la entrada y se marchó, no sin antes decirles que iba a volver en unos minutos.

El médico fue al baño a pensar cómo les iba a decir que Anna tenía pocas chances de sobrevivir, menos del diez por ciento. Si bien llevaba quince años trabajando ahí y ya había dado discursos similares o peores, para él, cada uno era más difícil que el anterior. Que un médico le haya comentado la muerte de su padre de una forma tan fría como para marcarlo de por vida fue la razón de que él nunca o, aún por lo menos, no haya perdido la empatía. Luego de ensayar unos instantes su discurso salió del baño, no sin antes lavarse las manos porque iba a tener que examinar a Anna nuevamente. No lo necesitaba, lo había hecho antes que llegase el esposo de la mujer acompañado de su mejor amigo y Anna tampoco, por el momento, necesitaba evaluación alguna. Sin embargo al médico le gustaba sentirse útil, pero más aún le encantaba ser

protagonista siempre. Por suerte para él, los planes no iban a salir como él lo esperaba y que se haya lavado sus manos fue lo más adecuado que pudo hacer con esas partes de su cuerpo.

Una vez fuera del baño, se dirigió con un andar tan lento como el que le exigían sus gastadas articulaciones producto de sus sesenta y tantos años y que no hacía deporte con frecuencia hace más de veinte años. Como él iba a trotar diariamente desde su adolescencia hasta los treinta y siete años, su falta de deporte no lo había prácticamente inmovilizado, al menos no aún.

Cuando se encontró en la entrada de la sala veintitrés, entró enseguida y se guardó la pregunta sobre si Anna había reaccionado siquiera lo más mínimo, porque vio los ojos humedecidos de William y su mejor amigo. Al verse inútil y sin poder ser el relevante, el médico les pidió que salieran de la sala, con el falso argumento de que iba a examinar a Anna y necesitaba tranquilidad y espacio para colocar los artefactos médicos que iba a necesitar. A los mejores amigos, quienes la tristeza e impotencia de ver a una Anna incapaz siquiera de pestañear, no hicieron más que hacer que ellos salieran inmediatamente. No sin antes preguntar cuándo podrían volver y recibir como respuesta: “Mañana entre las tres y las cuatro de la tarde”.

William y Edward salieron completamente del sector de urgencias del Chelsea Health Center al estacionamiento y salieron del hospital sin dirigirse la palabra, en el camino ninguno de los dos habló una sola palabra y William nisiquiera criticó a los que pensaba que estaban manejando mal y complicando el camino. Ni la radio emitía ruido alguno porque estaba apagada.

Llegaron a la casa de Edward y se despidieron con un abrazo sincero, de esos que la duración o la masculinidad que conllevaban importaban un pepino. William esperó a que su mejor amigo entrase a su casa y se fue conduciendo a la suya. Mientras más pasaba el tiempo, a William le venían cada vez más preocupaciones y posibles muertes de su esposa, así que solo consiguió calmar, pero no callar sus pensamientos, al prender la radio en cualquier estación con un volumen tan fuerte que no solo se escuchaba dentro de su automóvil, sin importar que las ventanas de este se encontraban hasta lo más arriba posible.

Cuando entró a su casa, se la encontró sola, aunque no se la esperaba así, puesto que estaba seguro de que Josh lo iba a recibir apenas entrase con mil preguntas sobre su madre. No ocurrió así, puesto que Josh estaba donde Sarah Knight, su compañera de curso que lo ayudó la noche anterior luego de que lo asaltaran y no en su casa.

—Como si fuera poco, ahora mi hijo me trae problemas —dijo en voz baja William.

VI

—Sarah, desde que desperté estás en el baño —le dijo Josh a su compañera—. Y no desperté hace poco —murmuró Josh—. ¿Te encuentras bien?

Sarah, riéndose, le respondió que que se encontraba bien y, haciéndose la enfadada, le dijo que era cosa suya si se demoraba en el baño y Josh, quien no había captado el falso enfado de Sarah, le pidió tartamudeando perdón y sus mejillas se tornaron rojas producto a que su sangre se le acumuló más de lo común para su anatomía en estas.

Una vez que Sarah se encontró lista para salir del baño, esperó unos momentos que a Josh se le hicieron tanto una eternidad como incómodos. Tanto así que le quiso preguntar nuevamente a su compañera si se encontraba bien, pero se guardó para sí la pregunta con el fin de no enfadar a Sarah.

Finalmente Sarah salió del baño y le mostró una sonrisa de mejilla a mejilla a Josh, la cual a Josh le pareció perfecta, dado a que los dientes de la mujer eran de un color blanco claro y pacífico y ninguno estaba fuera, ni siquiera, un centímetro de su lugar. Josh supuso que cuando Sarah iba al dentista, muy probablemente era la paciente ideal.

Su rostro pasó de tener un aspecto amistoso a uno seductor con el único hecho de guiñar el ojo a Josh. Aún así, Sarah se mordió el labio inferior de una forma en que había visto en tutoriales de seducción en Youtube y que tanto le había servido a la hora de conquistar a un hombre. Ella no sentía atracción alguna por su sexo, así que esta técnica nunca la había usado con una mujer.

—¿E...e...estás b... b... bien? —le preguntó tartamudeando Josh a su compañera.

—Mejor que nunca —le respondió Sarah a Josh—. Pero será mejor que no hables —prosiguió a advertirle—. Solo disfruta —terminó diciéndole.

De inmediato, Sarah se quitó su bata color blanco limpio, dado a que estaba lavada el día anterior y no había comido nada con esta y, como no hubo roce alguno entre ella y Josh, al menos la noche anterior mientras dormían juntos en la misma cama, su bata no había tenido la oportunidad de mancharse. Una vez que Sarah se quedó desnuda, debido a que debajo de la bata no llevaba nada

puesto, empujó a Josh, que estaba sentado en el borde de enfrente de la cama de ella con una cara de incredulidad, la expresión de su rostro demostraba perfectamente que él podía creer lo que estaba pasándole. Una vez que Josh se encontraba acostado boca arriba en la cama de Sarah, la mujer se sentó sobre su cintura. Josh no estaba desnudo, así que Sarah se sentó sobre la parte superior de su bluejean y la parte inferior de su cinturón. Luego movió su cabeza del lado derecho al izquierdo con una velocidad que hizo que su cabello hiciera lo mismo. Sin embargo, una rebelde chasquilla de ella se movió tan poco que no alcanzó a girar y se conformó con teparle su ojo derecho. Finalmente, con una velocidad digna de los besos de Hollywood, bajó su cabeza hasta que se topó con el rostro de Josh. Cuando eso sucedió, le dio un beso a Josh, el cual le pareció mejor que los que le daba su novia, por lo que nunca se olvidó de ese. Cuando Josh mezcló la opinión del beso que le dio Sarah a los que le daba su novia, Miranda White, a él se le vino a su cabeza una especie de flashback en el que recordó únicamente los mejores momentos de su relación de tres meses con Miranda. La conclusión de Josh fue que Miranda, a pesar de sus pecas y cabello pelirrojo natural que tanto le atraían, el resto de su cuerpo con sobrepeso de seis kilos, no le atraía para nada. Sin embargo, Josh no quería tirar su relación a la borda por un buen rato con su compañera, que a pesar de atraerle tanto físicamente, no conocía lo suficiente como para proyectarse en una relación con ella. Así que decidió no tener una relación sexual con Sarah, al menos no mientras tenga un noviazgo con Miranda. La vestimenta de Miranda a Josh le encantaba, debido a que no era usual para él. Los colores de la vestimenta suya eran parecidos a un arcoiris, debido a que diferentes colores inundaban su vestimenta. También usaba accesorios de diferentes colores y materiales, aretes de oro real y varias pulseras de plástico sin marca de colores alegres en la parte inferior de sus manos.

—Detente, porfavor —le pidió Josh a Sarah—. Tengo novia —le dijo.

A Sarah le importó un pepino la novia de Josh, así que le dio otro beso idéntico al anterior a Josh.

—¿En serio prefieres a ese puerco? —le preguntó riéndose Sarah a Josh.

—La verdad, no —le respondió Josh a su nueva amante.

Apenas terminó de responder Josh, él y Sarah tuvieron una relación sexual, la que se les escapó de sus manos debido a los ruidos, dignos de un parlante profesional usado en un concierto de Rock a su máximo volúmen, de sus gemidos. Los golpes que daba la cama con la pared, no se quedaba atrás a

nivel de bulla. A pesar del encuentro, ninguno usó protección ni en el momento del sexo como en cualquier otro momento.

En su habitación, la cual estaba a la derecha de la escalera, en el segundo piso se hallaba el padre de Sarah, al cual le sorprendió que el estruendo que estaban provocando su hija y Josh no cesara luego de unos instantes y, al percatarse de que este no se debió a un terremoto o, a un temblor, asustado bajó las escaleras con tal velocidad que le permitiese bajar cuanto antes, pero sin tropezarse. Cuando el padre, viudo de hace diez años, cuando ella tenía cinco años se encontró en el primer piso, se dirigió con la máxima velocidad que pudo llegar a tener a la entrada de su habitación y, acto seguido, abrió la puerta sin siquiera preguntar si había alguien, ni mucho menos si podía entrar. Sus ojos siguieron estando preocupados, pero cuando vio a su hija teniendo una relación sexual con Josh, su visión de la realidad se derrumbó. Si bien para él su hija era más que hermosa, nunca quiso aceptar que ella podría perder la virginidad antes de que se casase. El padre pertenecía a la vieja escuela, era un romántico de esos a la antigua y, su visión del amor concordaba con que las relaciones sexuales venían después del matrimonio. Su nivel de catolicismo no hacía más que avalarle esa teoría. El ver a su hija en pleno acto, no solo lo destruyó, sino que lo enfureció y le gritó a Josh que se marchase para siempre de la vida de su hija. Rápidamente Josh se vistió y se fue de la casa de los Knight.

El camino a pie de Josh a su casa le resultó eterno, aunque vivía a unas cuantas cuadras de su nueva amante. Al principio intentó contener sus lágrimas, pero estas fueron tan rebeldes que fluyeron de sus ojos finalmente. Su caminar fue a la velocidad más lenta de su vida. Además, no se detuvo a apreciar la luna llena y las pocas nubes que luchaban por ocultarla completamente sin éxito. Tampoco le tomó importancia al calor que hacía, producto a que en Chelsea se acercaba el verano. Fue la noche más calurosa de lo que llevaba ese año, pero a Josh le importó un pepino, ni siquiera se dio cuenta de eso. Por último, Josh no se detuvo a pensar en si habían posibles asaltantes, así que no apresuró su andar hasta su casa. Una vez que llegó, no quiso entrar en esta para que su padre no se diera cuenta de que había llorado y desvió su camino sin rumbo fijo.

Mientras Josh caminaba sin rumbo, a Sarah la seguía retando su padre y, como no veía en ella arrepentimiento alguno, solo enfado por el escándalo que él había armado, terminó el reto con una amenaza: “Si me llego a enterar de que le dirigiste la palabra a ese compañero tuyo, te cambio de colegio”. Luego

cerró la puerta de la habitación de Sarah con tal fuerza que tres cuadros que estaban colgados a la derecha de esta se cayeron y, con la caída, se rompieron, dejando un mar de cristales en el piso de la habitación. La habitación de Sarah, tenía sus paredes pintadas de color verde césped, de ese color parecido al de los ojos de Rebecca Grant. El suelo tenía una alfombra color gris gastado, y su tacto era tan suave que al caminar con los pies descalzos sobre esta daba cosquillas. También en la habitación el calor no incomodaba, debido a las amplias ventanas que se podían abrir hasta el máximo tanto hacia arriba como a los lados y al ventilador de menos de un metro de altura que daba constantes vueltas al lado izquierdo de la puerta doble ventilaba el resto de sobrecalentamiento que podría entrar a la habitación de Sarah, en el cual había tanta ropa como la que tenían las Kimkardashian, a pesar de que dentro no había ni el cinco por ciento de ropa que ellas tenían.

Una vez que se cansó de llorar, decidió vengarse de su progenitor y volver a estar con Josh, sin importar qué podría pasarle. Su plan fue fugarse de su casa y que Josh hiciese lo mismo con el fin de estar con ella. Su objetivo comenzó a resultar de buena forma, debido a que su padre no se enteró de que ella se había ido para no volver de su casa. Tampoco se enteró de que Sarah le robó trescientas libras antes de fugarse entrando a su pieza, abriendo su billetera y finalmente tomando esa cantidad de dinero. Por suerte para ella, su padre estaba durmiendo tras haber estado en la sala de estar ahogándose en sus propias lágrimas. Una vez que logró robarle trescientas libras a su padre, igual de silenciosa se desplazó, con éxito, a su habitación y decidió dormir, no sin antes hacer que la alarma de su celular sonara cuatro horas más tarde, con el fin de que su padre no se despertara antes que ella.

VII

William buscó en toda la casa a su hijo con la esperanza de que él estuviese lo suficientemente distraído como para escucharlo, pero no recibió respuesta tras unos cuantos: “¿Josh, hijo, dónde estás?” La mezcla entre el estado de coma de su esposa y la desaparición de su hijo hizo que sus ojos comenzaran a humedecerse y comenzase a tiritar, empezando por sus labios. Mientras tiritaba, sus ideas de quedar viudo y sin su único hijo, ya sea vivo o no, casi le provocaron un infarto. El carisma de William hizo que nunca le costara hacer amigos y que la mecánica del romance tampoco se le dificultara. Así que decidió ejecutar otro plan, el de buscar a su hijo. Partió por el primer piso y terminó por el segundo sin éxito alguno. Lo único que consiguió fue desordenar su casa. Partió abriendo la puerta del baño, no entró pero sí echó un infructuoso vistazo de un segundo más o menos. No entró porque William sabía que, aunque Josh hubiera estado ocultándose ahí, no lo lograría, debido a que, aunque el baño fuera el más espacioso de la casa, igualmente no daba lugar para esconderse y no ser visto. Luego abrió la puerta del armario, esta vez pensando en que Josh le podría haber estado jugando una broma. Una vez que terminó de desordenar su habitación y la de Anna, con el fin de encontrar a Josh sin éxito, corriendo con la máxima velocidad que sus piernas le permitieron, entró sin tocar la puerta a la habitación de Josh, y en ese momento le importaba un pepino que Josh le criticara el que entre sin preguntar siquiera. Una vez dentro no lo encontró de primera, así que hizo lo mismo en su habitación, con la única diferencia de que no desordenó el baño, debido a que ahí dentro no había uno.

Salió de la habitación con sus ojos humedecidos completamente y con las venas internas de estos más visibles que nunca, puesto a que sus lágrimas las habían irritado. Seguía tiritando, pero su concentración por encontrar a su hijo, hizo que no se percatase de aquello, ni de que su piel pasó de ser color oso polar a casi invisible.

Una vez fuera de la pieza de Josh, bajó las escaleras con más velocidad que nunca sin preocuparse por no tropezar. Solo Dios sabe cómo, su descenso del

segundo piso al primero de su casa fue sin tropiezo alguno y, apenas se encontró ahí, abrió todas las puertas y su peor pesadilla se hizo realidad, Josh no estaba en su casa. El primer piso de su casa quedó en el mismo estado de desorden que el segundo piso, puesto que William buscó en cada parte a su hijo, sin importarle el mover las cosas de su lugar.

De un momento a otro, la cordura se devolvió al cerebro de William y esta lo hizo percatarse de que Josh ya no estaba en edad de estar jugando a las escondidas y con lo que William conocía a su hijo, él supo de inmediato que la edad mental de Josh le dijese a él que no jugara a las escondidas para que no pierda su dignidad en un infinito por ciento. Pero esto no fue todo, la cordura le reveló otra inquietante verdad a William, tal vez, Josh estuviese escapando de su casa. Aunque William no le veía gran razón a esta teoría, porque Josh y él tenían una relación solo de altos, al menos los últimos días, así que no veía el por qué su hijo se fugaría. Después de su raciocinio positivo, uno negativo lo llevó de vuelta a la realidad, tal vez Josh se estuviese escapando por amor o lo hubiesen raptado. Con todas estas teorías, a William le empezó a doler la cabeza y perdió el control al estar de pie y, con el objetivo de no caerse o desmayarse, optó por dormir una siesta. Esta siesta se tardó más minutos en llegar que nunca, debido a que sus teorías sobre la desaparición de su hijo lo seguían atormentando. Aún así logró dormir, pero no más de cuarenta y cinco minutos, porque sus teorías lo despertaron con el fin de seguir acosándolo.

Luego de despertar, corrió a la cocina y llamó a las casas de los compañeros de Josh. Como era un Martes no feriado, William no se imaginaba donde más o con quién más podría estar su hijo. Las primeras llamadas le costaron más que cualquier otra que había hecho jamás, puesto que sus dedos daban la sensación de que actuaban por voluntad propia al dirigirse hacia todos lados veloz y constantemente, lo que le dificultó marcar los dígitos correctos en el teléfono fijo ubicado en la cocina amplia pero con unas cuantas repisas, las más grandes que se hallaban en la tienda cuando las compraron, una mesa, la de mayor tamaño que encontró aquel día que fue a comprar muebles con cuatro sillas de madera con respaldo, también de madera, dos en la parte de enfrente y dos en la parte trasera de esta y un refrigerador capaz de almacenar en su interior un dinosaurio y un huevo de avestruz en su frigorífico. Todo lo que había en la cocina la hacían ver como una muy pequeña, aunque no era así. Lo único a favor de la cocina era que, a pesar de tener todas esas cosas de ese tamaño, estaban dispuestas de una forma en que los integrantes de la familia Smith podían desplazarse ahí sin chocar constantemente con esos muebles

Afortunadamente, William pudo llamar a todas las casas de los compañeros de su hijo, porque a todos los tutores de cada uno de los alumnos del Chelsea School les entregaron una hoja con los números de las casas de cada uno de ellos. William terminó de hablar con la última casa después de unas cuantas horas, debido a que eran treinta los compañeros de Josh y que no todos le respondieron de inmediato. Una vez que cumplió su objetivo se dio cuenta de que ninguno de ellos sabía el paradero de Josh, ni siquiera el padre de Sarah, quien fue el único que le habló de una forma que demostraba nada de interés por Josh. A William le dio la sensación de que el padre de Sarah deseaba que Josh no apareciera, pero como era una sospecha no le dijo nada sobre esta.

Después de que William no obtuvo una respuesta positiva sobre el paradero o posible paradero de Josh, de los tutores de los compañeros de Josh, ni siquiera de los propios compañeros de su hijo, a quienes cada tutor le preguntó sobre si había visto o estado con Josh. Tras su fracaso, William puso en marcha un nuevo plan, en el cual imprimió en la impresora ubicada en la oficina en la que había armado hace un tiempo en su propia habitación, al lado derecho de la sala de estar, en la que había un escritorio de vidrio con una impresora marca HP y un Macbook Pro portátil. La silla del escritorio era de cuero color tinieblas y tenía cuatro del mismo color. También, estaban colgadas en las paredes cuadros de diferentes tipos que William había comprado en su viaje a Francia, Marsella exáctamente. La única pared diferente era la que daba a la parte trasera del escritorio, debido a que estaban colgadas fotos de la familia de los Smith en forma de collage y no en cuadros. El piso estaba cubierto completamente con una alfombra sin diseño color granos de café y las paredes eran de un color gris que provocaba tristeza con solo verlas. La tristeza aumentaba en la oficina, debido a la falta de ventanas y donde solo había una ampolleta de las antiguas que prácticamente no alumbraba. Era tan poco lo que alumbraba la ampolleta, que cuando William estaba de noche en la oficina, tenía que llevar una vela para poder verlo todo en la oficina.

William salió de su casa, luego de imprimir unas cuantas decenas de afiche en blanco y negro, la foto del rostro de Josh también estaba en blanco y negro, ofreciendo una recompensa de mil libras a quien encuentre a Josh y lo llamara. Sin embargo, no pegó ningún afiche, porque una vecina de él le dijo de forma desinteresada, que sabía unos cuantos posibles paraderos de Josh, a quien vio llegando a su casa, pero desviándose una vez que se encontraba a unos cuantos metros de esta. Si bien no le dijo el paradero exacto, porque ni ella lo sabía,

le fue de ayuda para imaginar los posibles lugares donde pudiese estar Josh, aunque las horas que pasaron desde que terminó la jornada escolar de Josh y desde que William llegó a su casa no le dieron buenas predicciones.

VIII

Con toda la desesperación que tenía William por encontrar a su hijo, no le pidió ayuda a Edward para su búsqueda, en realidad con la desesperación que llevaba encima, a William ni se le pasó por su cabeza la existencia de Edward, mucho menos que él podría ayudarlo.

Mientras tanto, Edward tenía sumamente presente a William, sobre todo a Anna, que con todo el tiempo de amistad que tenía con el esposo de ella, Anna pasó a ser su mejor amiga, solo era sobrepasada en su corazón por su madre y Marisse Steward, hablando de mujeres. Marisse era la más alta de todo el entorno de Edward, medía casi un metro ochenta, y era tal su altura, que ni sus kilos de más pudieron hacerla más baja, de hecho, solo lograron hacerla crecer a los lados, si bien su porte para muchos era un atractivo, más aún y para más personas aún, sus pecas y su cabello rubio, aunque en realidad era pelirroja si no se lo teñía. Su tinte de cabello era tan obvio que desde lejos se sabía que ella no era rubia realmente. Aunque fuera un cabello teñido, se lo pintaba con los mejores productos y en la mejor peluquería de Chelsea, Chelsea Great Hair. Era tal su dedicación por hacer lucir bello su cabello, que a mucha gente le atraía tanto su esfuerzo como sus resultados. Marisse vestía con un vestido negro completo sin diseño marca La Martina y sus aretes de plata real le llegaban desde donde estaban puestos en sus orejas hasta la mitad, en los lados de su cuello.

Fue tanto la preocupación que tenía Edward por Anna, que no le permitió entender una sola palabra del periódico que estaba leyendo, The Chelsea News, así que se levantó de su cama y bajó con un andar de una velocidad con la que caminaba frecuentemente, cuando no tenía grandes preocupaciones, también caminó cuidándose de no tocar nada que pudiese provocar el menor ruido, todo con el fin de que su mujer no lo viera salir de su casa.

—Hola pá —lo saludó su hija, Jennifer Arnold—. ¿Estás bien? —le preguntó preocupada a su padre—. Te veo raro —inquirió su hija.

A Edward le dieron ganas de insultar a su hija, pero no lo hizo porque ella en realidad no había hecho nada malo. De hecho, ella estaba preocupada por él.

Pero lo que más influyó para que Edward no la insultara ni algo por el estilo, fue la percepción que le tenía él a su hija de cinco años. La veía como su pequeña con que le bendijo Dios cinco años atrás. Ella era casi todo para él, solo era superada en amor por su esposa y madre, hablando de mujeres, sin contar a la madre de Jesús, la mujer que más amaba. Su hija ocupaba todo su corazón prácticamente. Con su cuerpo hecho como de llantas de neumáticos, es decir gordinflón, sus mejillas robustas, cabello rubio rizado y ojos color madera, a Edward le daba la sensación de ver a un ángel con solo echarle un vistazo.

Por otra parte, Jennifer vestía de una forma que a Edward le provocaba ternura. Ella vestía con un vestido completo color paz con líneas color arena de playa que estaban distribuidas tanto lateral como horizontal, y la marca del vestido era Tommy Hilfiger.

—Sí Jenny, me siento perfectamente bien —le dijo Edward a su hija.

Después de mentirle a su hija, con el fin de que ella no se preocupase, Edward se dispuso a ir a la puerta de entrada de su casa para finalmente abrirla e ir a ver a Anna al hospital donde seguía internada o, al menos, eso creía él. El camino a su habitación fue de diez pasos que para él fueron eternos. Para él, el camino fue el que una persona hace cuando está en el túnel celestial para entrar al paraíso, o al menos eso creía él según sus creencias católicas. Pero fue uno trastocado negativamente para su opinión, ya que si bien era oscuro y confuso, lo que lo esperaba en el final no era la tranquilidad que le hubiese dado el reunirse con Jesús, sino su desesperación por salir de ahí, así que cometió el error de caminar hacia allá sin preocuparse de no hacer ruido. Aunque fue lo común que uno hace al caminar de ahí para allá en una casa, este ruido sumado a que su esposa escuchó lo que conversaron Edward y Jennifer, hicieron que la mujer se preocupase por su esposo. Así que ella también le preguntó si se encontraba bien, pero la adrenalina del momento que empezó a sentir Edward cada vez más fuerte, no le permitió responder con palabras, pero sí le permitió tragar saliva, tiritar y, sus mejillas, se enrojecieron debido a que la sangre que tenía en el interior de estas aumentó tanto de cantidad que hizo más notorios que lo normal a sus vasos sanguíneos, que, a su vez, enrojecieron más de lo frecuente sus mejillas y, después de unos segundos, unas gotas de sudor emergieron de su piel. Sin embargo, a su esposa no le preocupó el comportamiento de él o al menos eso lo quiso hacer pensar, así que le dijo: “Sal tranquilo, pero no llegues tarde, recuerda que a las siete y media tenemos que ir los tres al cumpleaños de mi hermana”.

Una vez que Edward se encontraba en la calle, dentro de su automóvil, el suyo y no el de su esposa, lo encendió y bajó las ventanas al máximo, porque no podría manejar tranquilo con el calor sofocante que había. En el momento estaban en primavera-verano a las cinco y media de la tarde y, por ende, había tal calor. También encendió el aire acondicionado para finalmente salir del estacionamiento privado de su casa, el cual no era un garaje, sino una parte de la entrada de su casa y dirigirse al Chelsea Health Center para ver a Anna. El camino fue más largo de lo normal, de casi una hora y, en vez de llegar a las seis de la tarde, en media hora, llegó a las siete de la tarde al Chelsea Health Center.

Una vez que se encontraba dentro del hospital, Edward hizo lo de siempre, identificarse, no sin antes sacar un ticket para esperar su turno, y luego esperar nuevamente que lo fueran a buscar para finalmente entrar a la habitación de Anna. El hospital seguía tal cual, con su físico no concordante con su ambiente, sobre todo dentro. Al menos así estaban en urgencias, donde se hallaba Edward, aunque él estaba seguro de que no era distinto en los otros sectores del hospital. Una vez que Edward logró su objetivo y entró a la habitación donde Anna estaba internada, entró en un ambiente con una temperatura lo suficientemente fresca como para aislar al calor y dar bienvenida al frío, lo que le agradó a Edward, sin embargo pensó que, tal vez, le podría hacer daño a Anna y le preguntó a una enfermera que justo estaba pasando por ahí con una actitud que daba la sensación de que no tenía alguna labor en ese preciso momento. Edward acertó con su predicción sobre si la enfermera estaba ocupada o no y ella le respondió que el ambiente era el ideal para Anna, ya que con subir o bajar la temperatura tan bruscamente, Anna se podría enfermar muy probablemente.

Pasaron unos minutos, en los que Edward le hablaba a su mejor amiga, sin importarle que la situación fuera, en realidad, un monólogo, producto a que Anna seguía inconsciente. Así que una vez que terminó el monólogo de Edward, luego de casi cinco minutos, Edward salió de la habitación. Edward no estaba únicamente preocupado por cómo se encontraba su mejor amiga en ese momento, el que ella pudiese morir tan joven, con sus cincuenta y tres años, en su opinión, era su mayor temor, aunque no se sentía cómodo, sino todo lo contrario, cuando alguien hablaba de esto o, siquiera insinuaba la posible muerte de Anna. La forma de expresar el dolor que Edward llevaba consigo en ese momento era casi completamente física y se podía apreciar en su rostro, sobre todo. En el momento que no todas las lágrimas cabían en sus

ojos, estas tuvieron que descender por sus mejillas. Estas lágrimas daban la sensación de que comenzaron a irritar por donde pasaban. Enrojecieron tanto parte de sus ojos, donde estuvieron alojadas desde el comienzo, como sus mejillas. Pero su dolor no solo lo demostraba físicamente, sino con su continuo movimiento, tanto de sus extremidades como de sus labios y los que lo veían, se daban cuenta de inmediato de que o tenía problemas mentales, los cuales no tenía, o estaba sintiendo una fuerte emoción negativa, los que pensaron esto último fueron los que acertaron sobre lo que le estaba pasando a Edward.

Edward salió del hospital de la misma forma que la vez en que acompañó a William a ver a Anna. Una curiosidad de su estancia en el hospital ese día fue que le costó estacionarse al igual que a William cuando llegó al hospital y no le costó una vez que salió de ahí mismo, también igual que a William ese día.

Mientras Edward conducía de vuelta a su casa, repentinamente, su celular pasó de estar quieto y con la pantalla en negro a dar un abrupto movimiento y mostrar una selfie de Edward junto a Marisse y Jennifer en la playa un día en que el sol estaba contento y alumbraba el ambiente con gusto. La gente que se veía alrededor de ellos en la selfie se veían con el mismo estado de ánimo que el sol. Además, el celular, aunque estaba en modo vibración y en silencio, igual hizo ruido por las vibraciones que provocó con su movimiento sobre la tapicería de su automóvil. Edward esperó a llegar a un semáforo y, por suerte para él, este daba la luz roja, así que Edward tuvo tiempo para ver quién le había mandado un whatsapp y qué le había escrito.

El mensaje era de William y en este salía escrito: “Ed, necesito que vengas a mi casa ¡Ahora!”.

Edward pensó de inmediato que lo mejor que podría hacer era ir donde William sin siquiera preguntarle el por qué para no perder tiempo. Edward estaba a media hora de su casa y ese era el resto de lapso de tiempo que le quedaba desde que Marisse le había dicho que tenía que estar de vuelta en su casa.

La congestión vehicular hizo que Edward condujera casi cuarenta y cinco minutos para llegar la casa de los Smith. El camino para él fue una tortura, debido a que él no sabía qué le esperaba donde los Smith y, él acrecentó su tortura al no encender la radio, lo que hizo que su mente se activase más que nunca y que Edward pensara en múltiples escenarios que lo esperaban al llegar a la casa de los Smith, por más descabellados que parecieran. Aún así, Edward no encendió la radio, porque pensó que poner música le subiría el

ánimo. No obstante, él no encontró una razón para pasar a estar de otro ánimo.

Una vez que Edward llegó a la casa de William, lo encontró unos pasos fuera de la puerta de entrada de su casa.

Edward iba a estacionarse, pero no lo hizo porque William le pidió que no lo hiciese y acto seguido él se encontraba sentado en el asiento de copiloto. Se saludaron con un apretón de mano en el que cada uno le mostró su “masculinidad” al otro, pero no hasta el punto de hacerle daño físico. Luego, William le dijo que Josh no había llegado a su casa desde la noche anterior y, finalmente, le pidió que lo llevase a la estación de policía más cercana, la Chelsea Police Station. Condujeron alrededor de veinte minutos. Cuando llegaron y ya habían aparcado en un estacionamiento público que estaba al lado de esa estación de policía, el cual daba una apariencia de ser uno campestre por su rústica apariencia que consistía de su suelo conformado por arena, piedras y rocas. No tenía paredes, sino árboles, que si pasabas por ahí de largo te caías desde esa altura, que aunque no era capaz de matarte, si era capaz de provocarte heridas y, hasta lesionarte. Lo único artificial de ese estacionamiento era el portón, el cual no se abría automáticamente, sino que el portero de turno tenía que hacerlo. A pesar de que el estacionamiento tenía una capacidad de poco más de veinte autos estacionados y sus precios eran cinco veces mayores que los del estacionamiento del Chelsea Health Center, era la única alternativa para estacionar legalmente en las diez calles alrededor de este.

Una vez fuera del estacionamiento, Edward y William se encontraron caminando al Chelsea Police Station.

Esa estación de policía, no tenía ningún portón ni nada que impidiese la entrada a la puerta de entrada, así que entraron sin más. Una vez en la entrada, ladridos de perros, que supusieron que provenían de la raza canina pastor alemán, debido a todas las películas de detectives, documentales policiacos y novelas policiacas que habían visto o leído. Todas tenían la coincidencia de que los perros eran de raza pastor alemán, de ahí vino la suposición que los mejores amigos hicieron antes de entrar a la estación, entre veinte y veinticinco pasos de la puerta principal de esta, la cual era una puerta corrediza de cristal.

Cuando abrieron la puerta de la entrada del Chelsea Police Station, comenzaron a ir a lo que ellos pensaron que era el puesto donde se iban a poder registrar para dar aviso de que Josh se encontraba desaparecido. No pudieron hacerlo, porque un policía los detuvo tras darles un silbido de

advertencia y gritarles, también a modo de advertencia: “¡Ey, Ey, vengan de inmediato!” William y Josh obedecieron y, después de que él los revisara para ver si llevaban alguna clase de arma, las cuales no llevaban, le explicaron que estaban ahí para notificar la desaparición de Josh y pedir ayuda a la policía para hallarlo. Cabe destacar que lograron su objetivo de pedirles ayuda más rápido y fácilmente de lo que pensaban, se demoraron minutos y no más de una hora como se lo esperaban.

Sin embargo, no salieron felices de ahí, sino todo lo contrario, porque Josh aún no aparecía y eso era lo único que les importaba además de que Anna despertara, a Edward lo del cumpleaños de la hermana de su mujer le importaba un carajo. Edward condujo su automóvil con William de copiloto y en este había el mismo silencio que el que había desde que Anna chocó.

Cuando llegaron a la casa de William, tras casi exáctamente media hora, se despidieron con un abrazo y Edward esperó a que William entrara a su casa para conducir a su casa. El camino de Edward a su casa fue igual que el que hizo a la casa de su mejor amigo, con las calles colapsadas y en silencio. Llegó poco después de las nueve a su casa, por lo que se la encontró vacía y se dispuso a dormir una siesta hasta que llegasen su mujer y su hija. Si bien se esperó una discusión con Marisse, nunca pensó el resultado que le traería el no haber llegado antes de las siete y media a su casa. Edward tardó en dormir debido a la dificultad que le dio el estado de Anna y la desaparición de Josh. Edward despertó de un salto debido a Marisse cuando con un grito le pidió una explicación sobre el por qué no había llegado a su casa a la hora que ella le pidió.

Edward le pidió disculpas, pero la apariencia de loca que tenía en ese momento su mujer, con sus ojos desorbitados, que era lo que más demostraba su locura, de ese momento, lo asustó y se limitó a pedirle que se calme. Como Marisse no se calmó, Edward, sin decir nada, tomó una almohada y bajó a dormir en un sofá que se hallaba en la sala de estar de su casa. En otras palabras, bajó las escaleras y, sin encender luces o hacer más cosas, fue directo a ese sofá y, luego de poner la almohada debajo de su cabeza, se durmió ahí después de media hora de tener que lidiar con sus pensamientos. Unos momentos antes Marisse le había dicho a Jennifer que no saliera de su habitación, justificándose que tendría que hablar con Edward, pero para no asustarla, le mintió con que era por un tema laboral que ella no entendería. Jennifer le hizo caso sin pensárselo dos veces y permaneció en su habitación el resto de esa noche.

La mañana siguiente, cuando despertó Edward, él pensó que Marisse ya se había calmado lo suficiente como para conversar en buenos términos sobre el día anterior, así que subió las escaleras para ir a su habitación y la de Marisse. No ocurrió así, de hecho ni siquiera tuvo la oportunidad de conversar, debido a la puerta cerrada con pestillo de su habitación y la carta que le había escrito su mujer, en la que salía escrito: “Sé que estuviste con William. Él o tu familia, tú decides, cuando despiertes me dices”.

IX

Los ojos de Sarah se abrieron sin que ella misma se los pidiese apenas la alarma de su celular sonó, justo a la hora que ella lo había programado. Por unos segundos Sarah actuó por osmosis, pero cuando a su mente le vino el recuerdo del por qué la alarma había sonado, Sarah puso manos a la obra para ejecutar su plan. Cómo sabía que tenía el tiempo en su contra, decidió recortar su rutina de levantada. En vez de ducharse se lavó sus partes privadas y sus sobacos. Luego, se cepilló los dientes para así terminar de limpiar su cuerpo acortando el tiempo. Para seguir recortando el tiempo, se vistió con lo primero que encontró en su armario. Sin embargo, se encontró con varias alternativas de vestir, así que optó por lo que menos tiempo le iba a tomar para vestirse. Terminó vestida con un atuendo deportivo, el cual constaba de un buzo adidas negro con las típicas tres líneas blancas de esa marca estampadas a lo largo de las partes laterales del mismo buzo. También llevaba puesta una polera deportiva que no se le veía, por la misma razón que sus blancos y cortos calcetines, estaban cubiertos completamente por otra ropa. Antes de salir del baño se dio una última mirada en el espejo y se vio a sí misma como alguien aceptable pero no desaseada, lo que le bastó para salir del baño y seguir su misión. A pesar de su positivismo, por si acaso, decidió tapar su despeinado cabello con la capucha de su polerón, el cuál era rosado, de marca Nike y de diseño solo contaba con el emblema de color blanco brillante de esa marca, el cual ocupaba todo el centro posterior de este mismo. Una vez que Sarah se había levantado en un tiempo récord para ella, salió de su casa lo más silenciosamente posible, lo que causó que su padre no se percatara de su salida. Una vez fuera, sus ojos se humedecieron al recordar que ya no le iba a ser permitida juntarse con Josh de ninguna forma. No era solo la tristeza lo que la invadía, sino también las ganas de vengarse de su padre, así que cogió su celular de su bolsillo derecho con tal velocidad y rabia que casi se le cae al suelo y una vez lo tenía en su mano derecha, con su mano tiritona marcó una secuencia de dígitos que le permitió llamar a Josh. Cuando cumplió su objetivo, que le resultó más complicado de lo que esperó, caminó unos pasos

para terminar en un sector no alejado, pero que no estaba a la vista de su padre. Por lo tanto, Sarah, antes de llamar a Josh, decidió respirar profundo repetidas veces para no tartamudear o que Josh se preocupara por su voz cuando estuvieran hablando por teléfono, y lo logró.

—Josh, amor, necesito que nos reunamos en la entrada del centro comercial, ese que está a pocos pasos de mi casa —le dijo Sarah a Josh sin saber siquiera si estaba enamorada de él.

Josh, en tanto si sentía atracción por ella y con la cercanía que estaba teniendo últimamente con Sarah, veía más posible que nunca que Sarah y él terminasen teniendo una relación sentimental y no solo siendo amigos. También, a Josh no le importaba que Sarah estuviera en una relación si es que pudiese pasar a ser su novio o algo por el estilo. Josh no tenía ni idea de la pelea de Sarah con su novio y la sed de venganza que tenía ella con él. Por lo tanto, con solo escuchar la palabra amor, Josh cayó atontado en las redes de Sarah y le hizo caso de inmediato al cambiar su rumbo de caminata sin sentido a uno en dirección al centro comercial que Sarah le pidió que vaya. Josh perdió la noción del tiempo mientras caminaba al centro comercial y en lo único que pensaba era en las fantasías amorosas, algunas suaves y la mayoría terminadas en sexo.

—¡Por fin llegaste —le gritó Sarah a Josh apenas lo vió.

Josh supo de inmediato que el grito provenía de Sarah y, estaba aún más seguro de que este iba dirigido a él, así que Josh optó por dirigir una mirada seductora a todos lados, la cual intensificó más cuando vio a Sarah y de inmediato caminó en forma también seductora, al menos pensó él, hacia donde se encontraba ella. Finalmente, una vez que estaba a centímetros de ella, con un actuar digno del Don Juan más poco natural, le dijo tartamudeando y con su cuerpo tiritón: “Hola bebé”.

—¡Qué te pasa! —le gritó Sarah a Josh de inmediato—. Estás loco —le dijo riéndose a más no poder.

Con el grito a Josh se le derrumbaron sus planes amorosos que tenía proyectados junto a Sarah y deseó con todas sus fuerzas que la tierra se lo tragara y, aunque eso no sucedió, pasó algo que sí fue de su gusto, la risa de Sarah, con lo que supo de inmediato que Sarah, a pesar de sorprenderse por el actuar suyo, no se había enfadado, sino que le había hecho gracia su actuar, así que su cara pasó a tener su color normal apenas se dio cuenta de aquello y el sudor no se hizo presente en su cuerpo al darse cuenta de que la situación no pasó a ser grave ni en lo más mínimo.

De repente, sin dar pista alguna, Sarah le da un beso de no más de diez segundos, el cual terminó al morderle el labio lo suficientemente fuerte para que le doliera a Josh pero no para que sangrara. Esa técnica la había perfeccionado con su actual novio, del que quería vengarse, debido a que ese tipo de beso a ambos les encantaba. Por lo tanto, logró su objetivo tal como lo había planeado. Tras un pequeño: “¡Auch!”, Josh se rio y le preguntó el por qué del beso tan repentino. Además le terminó pidiendo que le diera otro. Sarah se negó riéndose y, al ver que Josh se puso insistente, levantó la ceja derecha, cruzó sus brazos y le dijo que no. Josh, al ver el cambio de actuar de Sarah, de inmediato dejó de insistirle que le diera otro beso. Sarah volvió a reírse y le dio un beso de la misma forma, pero con una duración menor y posteriormente le apretó suavemente el paquete.

—Ahora cállate —le dijo con un tono de voz serio Sarah a Josh antes de que él dijera una palabra—. Y solo hazme caso —terminó hablándole a Josh de la misma forma.

Josh le hizo caso sin dudar.

Una vez que Sarah tenía a Josh en sus garras, se dirige junto a él a un sitio donde se podrían sentar, el más cercano a ellos, el cual se encontraba cruzando la calle y era un paradero de autobuses en el que no había nadie sentado, ni cerca. Una vez ahí, Sarah le dijo a Josh que no podría interactuar más con él porque su padre así se lo había hecho saber y la solución que le dio al tema fue que se fugaran juntos a Manchester, porque estaba segura de que ahí nunca los iba a encontrar su padre, debido a que él nunca había ido para allá. Sarah ni le tuvo que pedir que aceptase Josh, porque él lo hizo desde el primer momento, lo que contentó a Sarah a más no poder.

Repentinamente, Josh se le acerca a Sarah con la intención de besarla, pero obtuvo como respuesta un dedo en la boca. Además de que Sarah le dijera que los besos se los guardara para después, porque vendrían con sorpresas. Por último recibió también un guiño y una mordedura de labios de Sarah provocadora.

Miranda Knight iba pasando cerca del paradero y deseó no haberlo hecho hasta el final de sus días, porque vio a Josh y Sarah de la mano subiéndose al autobús. Esto la hizo empuñar sus puños tanto que le dolieron sus manos y su cara pasó a tener un color tomate. Iba a gritarle a Josh por qué la estaba traicionando y a Sarah que era una zorra, pero su poca fortuna seguía presente, porque justo en ese momento Sarah y Josh estaban dentro del autobús. En vez de gritarles, se puso a llorar en silencio y se devolvió a su casa, sin importarles

que su familia la esperaba en la casa de sus abuelos paternos o que la vieran así en la calle.

X

El que no le abriera Marisse la puerta de su pieza no solo extrañó a Edward, sino que también lo enfadó. Además, el cartel que había dejado Marisse en su puerta dirigido a Edward como amenaza para que no se siguiera viendo con William, no hizo más que acrecentar su enfado y desconcierto. Todo esto hizo convirtió la cara de Edward en una piscina e hizo que sus manos, sin pensárselo dos veces, golpearan la puerta fuertemente y sin cesar. Esos golpes asustaron a Jennifer e hicieron que saliera de su cuarto e intentando, con éxito, no ser vista a ver qué era lo que estaba causando tal ruido. Jennifer, apenas vio la escena en la que se encontraba su padre golpeando la puerta desesperadamente de su pieza sin lograr abrirla, la asustó hasta tal punto que corrió hacia donde se encontraba su padre y le preguntó: “¿Estás bien, papi?” y recibió como respuesta un sí de su padre con un tono de voz tranquilizador o eso fue lo que intentó, en vano, Edward. Marisse, al escuchar a su hija llorando, producto a que Edward no logró su intento de tranquilizarla, se puso nerviosa y tiritando, salió de su pieza sin la intención de discutir sobre el día anterior con Edward, sino de consolar a su hija. Una vez fuera de su habitación, se encontró con Edward dirigiéndole unas palabras. Marisse no entendió la mayoría de las palabras que su esposo le dirigió, debido a que la adrenalina de ese momento hizo que tuviera que optar por arreglar uno de los dos problemas que estaba teniendo, dejando el otro al lado cien por ciento. Decidió consolar a su hija. Acto seguido de su elección, aún con su adrenalina complicándole el actuar, corrió donde su hija y se puso de rodillas para rodearla con sus brazos. El abrazo fue tan sincero que hizo que los tres lloraran. Edward de orgullo por el actuar de Marisse, para él, tan adecuado a la situación, y las mujeres por sentir que juntas no les faltaría nada.

—Amor, te felicito —le dijo Edward a Marisse.

Edward no recibió palabras como respuesta ni un gesto de agradecimiento, sino que, como respuesta recibió una levantada repentina de su esposa seguida por una cachetada de su mujer que le dejó la mano marcada en su pálida mejilla derecha.

—¿Qué mierda? —gritó Edward.

El grito fue tan fuerte, que Jennifer lloró aún más sonoramente y comenzó a tiritar tal cual alguien que le está dando un ataque de epilepsia y Marisse, con miedo a que Jennifer entrara en estado de shock o, peor aún, que le diera un paro cardíaco debido al susto que tenía, le gritó a su esposo: “¡Ve donde tu amigo y no vuelvas!”

Edward le hizo caso inmediatamente y salió de su casa en dirección a la casa de William caminando. Mientras Edward iba caminando a la casa de William, con la dificultad que le dieron sus manos temblorosas y su voz entrecortada, le pidió a William si podía pasar la noche en su casa. William se lo permitió sin dudarlo. La noche no calzaba con el tiritar de Edward, puesto que era una tan calurosa que lo menos que haría una persona sintiéndose sin grandes problemas, sería estar tiritando.

Cuando Edward llegó a la casa de William, tocó el timbre que se encontraba en la pared de la puerta de entrada de la casa de su mejor amigo y, no tuvo ni que esperar treinta segundos y William ya le había abierto la puerta por medio de un botón eléctrico hallado en su cocina.

Edward se hallaba contándole la pelea que tuvo con su mujer a su mejor amigo de la forma más detallada que pudo antes de ir a su casa. Si bien intentó contárselo todo, no lo logró, puesto que la adrenalina que había tenido le hizo borrar varias partes de la discusión que tuvo con Marisse. De repente, sonó el único teléfono físico de la casa de William, el cual se encontraba en la sala de estar y William fue a contestar, no sin antes escuchar a su mejor amigo decirle que no dijera que estaba junto a él. Edward sabía que Marisse no tenía que enterarse de que él pasaría la noche donde William, porque era tanto lo que él conocía a su mujer que sabía desde el primer momento que el que Marisse le haya dicho que fuera donde William y que no volviera era justo lo que no quería que hiciera él.

William volvió entristecido y decepcionado consigo mismo, puesto que no pudo hacerle caso a Edward y le había dicho a Marisse que su esposo se encontraba junto a él en su casa. La razón por la que no pudo mentirle a Marisse, fue el agresivo tono de voz de la mujer, junto a que William era de un carácter tan débil como para que una mujer le sacara información que él no estaba dispuesto a revelar. Edward, de inmediato, se dio cuenta de que William le había revelado su ubicación, debido a la cara que llevaba William mientras caminaba rumbo a sentarse junto a él.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó Edward a William.

XI

Mientras iban de camino a Manchester en autobús, Josh y Sarah no cesaban de comerse los labios. Para Josh, era el mejor momento de su vida. Si bien él había dado besos, nunca se sintió conforme con estos, porque a las mujeres que había besado las consideraba unas: “Gordas que le habían dado la pasada, pero que no eran un logro”. A Sarah, él la consideraba la mujer más hermosa que había visto y en cada beso él procuraba no cagarla. En cambio, para Sarah él era uno más de su lista de besados y esperaba que terminaran de besarse, pero no hizo nada por detener el intercambio de saliva. Sarah sabía que para desquitarse de la pelea que tuvo con su novio el día anterior, debía aceptar los besos de Josh o cualquier cosa que él le pidiera. Estaba dispuesta a todo, en tanto se pudiera desquitar de su novio que le había puesto los cuernos.

—¿Quién sabe, quizá este ogro termine enamorándose? —se preguntaba mentalmente Sarah cada vez que sentía el impulso de acabar con los besos.

Esa pregunta, en todas las ocasiones que se la hacía, le daba la fuerza suficiente como para poder darle otro beso a Josh.

La comida de labios que se estaban dando cesó cuando sonó la alarma que daba el celular de Josh cuando le llegaba un whatsapp. Josh no le dio importancia a la alarma y acercó nuevamente sus labios a los de Sarah, pero Sarah no le aceptó ese beso diciéndole que leyera su whatsapp, porque podría ser importante. Josh, disgustado, accedió a leerlo y Sarah se secó los labios con una mueca de asco o eso iba a hacer, porque apenas vio la mirada de Josh desviándose desde su whatsapp hacia ella, no se secó los labios y cambió la mueca de asco por una de incertidumbre para de inmediato preguntarle qué y quién le había escrito. Josh le leyó a Sarah el mensaje llorando sin importarle que Sarah pensara que él estaba actuando como una niña. Por una parte, Sarah se encontraba feliz, porque ese mensaje lo vio como una oportunidad para que Josh fuera más fácil de manipular y por otra parte, se encontraba triste por el estado de Josh. Además, mental y disimuladamente se rio, debido a que pensó que en un tiempo su novio iba a terminar llorando, al igual que Josh, cuando ella terminase con él.

A Sarah la situación casi se le escapa de sus manos cuando, casi involuntariamente, le dijo a Josh: “Deja de llorar, pareces una niña”. Josh no le respondió de ninguna manera y siguió llorando, así que Sarah suspiró largamente y lo abrazó durante unos segundos.

«De ninguna manera resultará mi venganza» se dijo Sarah mentalmente mientras abrazaba a Josh.

XII

—¡Cálmate, Ed! —le pidió William a Edward—. Fue solo un error —también le dijo William a Edward.

El escuchar a William decirle que solo fue un error, fue la gota que rebasó el vaso de la cordura que le restaba a Edward. Su cara se volvió color tomate y la adrenalina que estaba sintiendo en ese momento lo hizo tiritar por unos instantes de rabia, para finalmente empuñar sus puños y con la mano derecha golpear en la mejilla derecha a William. Lo golpeó tan fuerte que William cayó al suelo, no sin que antes William le gritara: “¡Detente!”. Edward hizo lo contrario y se abalanzó encima de William para darle una golpiza tan fuerte que no solo el dolor se le hizo presente al cuerpo de William, sino que también el día siguiente iba a amanecer con más de un moretón.

—¡Destruiste mi matrimonio! —le gritó Edward a William antes de correr a encerrarse en el baño de visitas.

Si bien el camino de Edward al baño de visitas de la casa de William fue de unos cuantos pasos y no tuvo que usar las escaleras al estar en el mismo piso de este, el primero, se le hizo eterno, más aún su estadía dentro de este, donde no hizo más que pasar el tiempo y llorar.

—No somos responsables de las emociones, pero sí de lo que hacemos con las emociones —cada vez que Edward recordaba esa frase que una vez escuchó decir al escritor argentino, Jorge Bucay, nuevas lágrimas provenían de sus ojos.

De repente, Edward escuchó ruidos que provenían de la entrada de la casa de William y, lo más rápido que pudo, abrió la puerta del baño y corrió hacia la entrada.

Esos ruidos habían sido provocados por dos policías al romper la puerta de la entrada de la casa de William y luego entrar ahí, después de que una vecina de unos sesenta y tantos años los llamara asustada por los ruidos que provocó la paliza que le dio Edward a William.

Edward, al ver a los dos policías, no pudo más que tragar saliva una vez. Además de tiritar, ponerse rojo y sudar cada vez más. Los policías al verlo

actuar así no dudaron en tomarlo como el principal sospechoso de un posible crimen en que la víctima parecía ser William, quien ya estaba consciente y de pie, debido a los fuertes ruidos que se escuchaban en su casa y la paliza que no fue tan fuerte como para dejarlo en coma o peor. Luego de que a gritos los policías inmovilizaran a Edward en el suelo para ponerle las esposas, William se preocupó por Edward y sintió que debía acompañarlo a la policía, porque él sintió que todo fue su culpa. Como Edward era el único que lo había acompañado todo el tiempo en que Anna estaba hospitalizada y en el que no encontraba a Josh, el sentimiento de compasión por su amigo pudo más que el enojo que llevaba encima por la paliza que él le había dado. Las lágrimas y el tiritar de sus labios por la compasión por Edward también se hicieron presentes en el cuerpo de William.

—Llé...llé...llévenme a...a... a mí ta...ta...mbién —les tartamudeó William a los policías—. No... no... no soy el bue... bue... bueno de la pe... pe... película —argumentó disminuyendo el tono de voz a casi un susurro.

Los policías no dudaron en hacerle caso a William y, al igual que a Edward, lo inmovilizaron en el suelo para ponerle las esposas. De hecho, si William era víctima o no, se lo iban a dejar al juez y se limitaron a hacerle caso.

Caminaron todos en silencio hasta el automóvil policial de los policías y, tanto dentro de la casa como fuera de esta todo permaneció en silencio. Con la única diferencia de que afuera de esta sí había gente.

Solo cuando los cuatro se encontraban dentro del automóvil policial el ruido volvió. Este fue provocado por los constantes aullidos graves de los pastores alemanes que se encontraban en la parte trasera del vehículo donde estaban. La bocina era tan molesta y sonaba tan fuerte, según Edward y William, que lo único que querían era llegar a la policía, aún sabiendo que no les esperaba un buen porvenir ahí. Esos ruidos no eran lo único que molestaba a William y Edward, también los incomodaba las miradas de desprecio de la gente que iba pasando hacia ellos.

La estación de policía en que se encontraban no estaba en Chelsea, sino que más lejos, a casi una hora de la salida de Chelsea y, una vez que los cuatro se bajaron del auto, junto a los dos pastores alemanes, William y Edward, a base de gritos y golpes en sus espaldas, fueron llevados dentro al interior de esta, para finalmente hacerlos bajar las escaleras para llegar al casi carente de calor y, totalmente, carente de luz calabozo donde iban a pasar el resto del día.

El miedo al porvenir pudo más que el enfado que se seguían teniendo William y Edward y, en vez de seguir peleando o, como mínimo discutiendo, se

abrazaron por unos segundos hasta que el perdón les llegó. Cuando pasó una hora, eran tan amigos como antes. Y, como ya no estaban enojados el uno con el otro, se encontraban conversando de temas *random*.

—Saldremos de esta —le dijo William a Edward.

—Más te vale, arruina matrimonios —le respondió Edward a William con un tono de voz de sarcástico enojo.

Quisieron seguir hablando, pero el cansancio le ganó la partida a sus buenas vibras y ganas de conversar, por lo que decidieron dormir para recargar baterías. Sin embargo, la casi imperceptible luz presente donde estaban, no hacía más que acrecentar su cansancio.

XIII

Si bien la mayor parte del escape de Josh y Sarah en autobús rumbo a Manchester se dio con Sarah convenciendo a Josh de que estaban tomando la decisión correcta, debido a que Josh no estaba seguro de lo que estaba haciendo, la otra parte se dio con un Josh ya convencido hablando con Sarah sobre el qué hacer en Manchester una vez ahí. Como el viaje fue de casi una hora, a Sarah le dio tiempo de hacer todo eso con éxito.

Una vez que llegaron los amantes, decidieron dar unas vueltas hasta estar cansados. A los dos les sorprendió que las construcciones, que parecían del año de la pera, se mantuvieran aún prácticamente intactas. El edificio Ayto, fue el que más los sorprendió porque, para ellos, era de un diseño anticuado, al igual que el resto de las construcciones que veían, pero lo que hacía especial al edificio Ayto, era que estaba muy bien mantenido, al menos para ellos. Si bien se sacaron fotos junto a diferentes construcciones, para ellos similares, ese edificio formó la mayor parte de sus fotos.

Una vez que terminaron su recorrido y sus piernas no daban más, optaron por la decisión de arrendar un lugar donde poder vivir. A Josh casi se le cayó la cabeza producto al incómodo momento cuando Sarah le dijo que le pasara su dinero para juntarlo junto al suyo para arrendar ese lugar.

Josh comenzó a sudar y tiritar también, por lo que Sarah se dio cuenta de que Josh no tenía dinero en sus bolsillos, así que le dijo con un tono de voz enojado, que en realidad era falso y lo empleó para gastarle una broma a Josh, que cómo se le pudo ocurrir escapar junto a ella sin una sola libra. La broma duró casi cuarenta segundos y terminó cuando Sarah vio a un Josh tan angustiado que le dio la impresión de que se iba a poner a llorar, así que le dijo que más le valía no llorar, porque sino se ganaría el apodo de “Josha”.

—Era broma, tontín —le dijo risueña Sarah a Josh—. Yo di la idea de escapar, yo invito —terminó de decirle risueña Sarah a Josh.

A Josh no le agradó la idea de que una mujer le pagara, porque siempre era él el que invitaba a su ex a comer, por ejemplo. Pero como no se le ocurrió otra mejor forma de arrendar un lugar, aceptó a regañadientes que Sarah pagase el

arriendo.

Luego del incómodo momento para Josh, decidieron ir a una banca a buscar en el Google de sus celulares algún lugar. Una vez que se sentaron, Sarah le advirtió a Josh que no buscara un lugar lujoso, porque con las trescientas libras que tenía en su bolso color césped marca H&M, no les iba a alcanzar. “Mejor busca un lugar donde podamos dormir, aunque sea con mierda al lado”, le dijo exagerando juguetonamente Sarah a Josh. Si bien con trescientas libras, junto a una exhaustiva búsqueda, un lugar para arrendar cómodo, amplio y limpio sí podrían encontrar, pero los dos sabían que eso no iba a ser posible, porque al no saber cuánto tiempo estarían en Manchester, además de no tener un trabajo asegurado, iban a tener que hacer durar cada libra.

Sarah encontró un piso que estaban arrendando una pareja de recién casados llamados Bob Turner y Jessica Miller. Si bien el piso a ambos no les gustó, el precio sí. Lo que más les agradó era la foto de perfil de los arrendadores. Estaban sentados en sillas de cristal y tomados de la mano, Bob a la izquierda y Jessica a la derecha, en la cocina que probablemente pertenecía a la casa que estaban pensando en arrendar un piso. Las sonrisas de oreja a oreja de los recién casados, les hizo pensar a Josh y Sarah que eran buena gente. Además, el que salieran tomando sangría que para Sarah y Josh estaban hechas por uno de ellos, les dio la sensación de que los iban a entender a la hora de dejar uno que otro desastre. Inmediatamente, después de guardar sus celulares, se encontraron caminando hacia ese piso, suplicándole a Dios que no lo haya arrendado alguien antes. Llegaron a una casa que tenía al lado derecho de la puerta de entrada un cartel en el que salía escrito la cifra veintitrés cuarenta. Era una casa de un piso con un jardín que era de la cuarta parte de tamaño que la casa. Por fuera era de concreto y madera con la pintura gris gastada que daba una sensación de tristeza al mirarla. El jardín contenía un quincho de madera, el cual había sido construido el año pasado, pero estaba tan bien cuidado que parecía tener solo semanas de existencia. El resto del jardín estaba compuesto por césped cortado disparejamente. El ver el jardín daba la sensación de que a Bob y a Jessica no les importaba la naturaleza, debido a que el jardín solo contenía enredaderas que el único mantenimiento que tenían era el que les daba el viento al quitarles sus flores.

Ni a Josh, ni a Sarah les incomodó el jardín, puesto que no se esperaban algo mejor, debido a lo que iban a pagar, ya que no querían pagar más de cincuenta libras al mes.

Tras tocar el timbre, un treintañero con tres kilos de sobrepeso, pelirrojo, de

ojos del color de un grano de café y de un metro ochenta y tantos, salió a recibirlos con una sonrisa nerviosa. Ese tipo de sonrisa les hizo a Sarah y a Josh pensar que el hombre, Bob Turner, llevaba un buen tiempo sin que nadie lo contactase por su piso en arriendo. Recibió con un apretón de manos que dejó a Josh adolorido y extrañado y saludar a Sarah con un abrazo de tres segundos que la dejó con una sensación de incomodidad. Además, Sarah y Josh se preocuparon porque se les vino a la cabeza la interrogante de que si Bob era un violador, demente o algo parecido. Bob, a ninguno de los dos, les dio buenas vibras, por lo que entraron a la casa solo para no ser descorteses. Aún así estaban con todos sus sentidos ocupados en detectar una posible situación en que pudiesen estar en peligro para salir corriendo sin pensárselo dos veces. Bob estaba vestido con una camisa de terno sin diseño marca Polo completamente blanca, un blue jeans La Martina y unas alpargatas color tristeza.

De repente Sarah y Josh escucharon una voz femenina que provenía de un lugar que no pudieron identificar exactamente en la casa donde se hallaban. Le preguntaba a Bob si todo estaba bien y Bob respondió con energía y positivismo: “Sí amor, todo bien, puedes bajar ¡Llegaron arrendadores!”

Pasaron unos segundos y Jessica Miller, la mujer de veinte y siete años de la cual provino la voz, les dio la bienvenida. Su pelo rubio hasta el cuello, tez blanca, piel pecosa y su cuerpo que daba la sensación que en el mismo no se encontraría un mínimo exceso de grasa por más que se le busque con rayos X, hicieron que a Josh y, hasta a Sarah, quien a pesar de ser heterosexual, sintieran que estaban en presencia de un bello ángel. Su belleza, junto a su voz, le dieron una sensación a Josh y Sarah de que se encontraban seguros donde estaban. Tanto fue lo que les agradó a primera vista Jessica, que ella produjo que Bob también les agradara. Jessica estaba deportivamente vestida con una camisa anti sudor color oscuridad y unos *shorts* color paz y unas pantuflas de color paz hechas de algodón sin diseño.

Después de saludar a Jessica, Sarah y Josh se encontraban caminando detrás de Bob y su mujer, quienes les estaban dirigiendo a la habitación que pretendían arrendarles. La casa carecía de lujos y estaba bastante desordenada, tanto así que Josh y Sarah llegaron a pensar que sus posibles arrendadores acababan de comprar la casa o que el orden no formaba parte de sus vidas. Sin embargo, era tanto lo que querían tener un techo donde vivir que no les importó mucho como para rehusarse a arrendar una habitación ahí o pedirles a los dueños que se preocupen por la limpieza del hogar.

Cuando llegaron a una pieza grande, el humor de Sarah y Josh les cambió totalmente. La habitación era un mundo diferente a las otras de la casa; nada estaba fuera de su lugar hasta tal punto que Josh y Sarah pensaron que la única vez que alguien había entrado ahí fue para hacerla. Lo único que estaba presente ahí, además del orden, era el polvo acumulado en más de una parte. Además, esta habitación tenía las paredes de color Sol sin ningún lienzo o cuadro y lo único que había ahí dentro era una cama de dos plazas con las sábanas blancas hechas y sus cinco almohadas. También había una TV plasma marca Samsung de cuarenta y dos pulgadas pegada en la pared y un decodificador que permitía ver más de cien canales, de los cuales veinticuatro eran de alta resolución. Por último, había un sillón cama de cuero del color de la parte exterior de un higo en el que cabían máximo tres personas sentadas a la vez sin incomodarse por la falta de espacio y tres mesas auxiliares de cristal, del tamaño promedio que encontraron Bob y Jessica cuando las fueron a comprar en aquella tienda, dos en cada lado de la cama y la otra en la parte posterior del sillón cama.

—¿En serio creyeron que esta es la pieza que les arrendaremos? —les preguntó burlesco Bob a Sarah y Josh, tras un silencio de unos cuantos segundos.

Esa pregunta hizo que el aire se llenará de tensión. Ni Josh, ni Sarah se rieron con la pregunta burlesca de Bob.

—Disculpen a Bob, solo intenta ser gracioso —se disculpó por ambos Jessica—. Aunque claramente no lo es —prosiguió Jessica.

Una sonrisa incómoda se formó en los labios de Sarah y Josh y solo se marchó de sus rostros cuando Jessica les dijo que la acompañaran a ella y Bob a la pieza que sí les iban a arrendar. Sin embargo, desde ese momento hasta final de la muestra de la casa todo fue decepción tras decepción para Sarah y Josh.

Caminaron por un pasillo del cual justo al final y caminando en línea recta se encontraba la habitación que Bob y Jessica pretendían arrendar a Josh y Sarah.

Apenas Bob abrió la puerta, Josh y Sarah tuvieron que reprimir un: “¿Qué mierda?”, que estuvo a punto de escapárseles al unísono.

La habitación se podía definir como “un caos”, porque el olor a polvo, sumado a que los muebles daban una sensación de encierro, al estar tan juntos, hacían que la habitación fuera un desastre. A Josh la habitación le pareció satánica y a Sarah le pareció el escenario ideal para que un asesino ideal lleve a cabo sus crímenes. La verdad es que la habitación era algo así como la

mezcla de cómo la veían Josh y Sarah. Si bien no tenía cristos llorando sangre o cosas por el estilo, sí tenía un color amarillento gastado, y la cama daba la sensación de tener en su cuerpo los estragos de relaciones sexuales. A pesar de que no había semen en ellas, el olor a sexo sí estaba presente. Lo único que hacía parecerse a esa habitación con la anterior que estuvieron todos los presentes de ese momento era que había polvo, aunque notoriamente más que en la anterior. Las puertas rotas de todos los muebles era lo más notorio de la habitación, en conjunto al color amarillo triste y gastado de las paredes.

—Sarah, salgamos para ver si arrendamos la habitación —le pidió Josh a Sarah para evitar un escándalo que estaba seguro que Sarah iba a armar por el estado de la habitación.

Sarah no tuvo tiempo para negarse o armar el escándalo, porque justo después de la habitación, Josh la tomó del brazo bruscamente y juntos salieron de la casa a la calle. Lo único que hizo Sarah fue dejarse llevar, no sin antes gritar “¡Ah!” por el leve dolor que le provocó Josh al tomarla del brazo.

—¿Sí o no? —le preguntó Josh a Sarah para evitar rodeos.

—¡No, no, no y no! —le gritó Sarah a Josh.

—¿Ni siquiera quieres saber el precio? —le preguntó Josh a Sarah.

Esa vez Sarah únicamente se cruzó de brazos, giró su cabeza desde la izquierda hasta la derecha y luego hizo un gesto de indignación, seguido de ponerse el dedo dentro de su boca, sacarlo inmediatamente y hacer como que vomitaba. Desde que cruzó los brazos hasta que hizo como que vomitaba no dijo una palabra.

—Vamos Sarah, no actúes como niña —le dijo molesto Josh a Sarah—. Además entraremos de nuevo de todas formas —finalizó Josh firmemente.

A Sarah le encantó el actuar de Josh, porque nunca lo había visto actuar tan seguro de sí mismo, así que dijo “Bueno, como tú digas” y luego entraron nuevamente a la casa por la puerta de entrada, la cual estaba entreabierta porque ellos la habían dejado así antes de salir.

Una vez dentro se toparon de inmediato con Bob y Jessica.

—¿La arrendarán? —les preguntó Jessica a Josh y Sarah.

Después de que de inmediato dijeran que sí al unísono Josh y Sarah, todos ellos se dirigieron a la primera pieza en que habían estado de la casa para poner por escrito los detalles del arriendo y sellar el mismo.

—Bueno, ahora con Jess saldremos y... ¡Están de suerte! La casa es suya hasta que llegemos —les dijo Bob a Josh y Sarah—. Siempre y cuando no inviten a nadie —les advirtió Bob a Josh y Sarah.

Justo cuando Jessica y Bob salieron de la casa y cerraron la puerta, el celular de Josh comenzó a sonar, quien lo llamaba no estaba registrado en sus contactos, así que Josh contestó pensando que sería una marca de telefonía para pedirle que se cambiara a esa. La voz de Josh cada vez sonaba más preocupaba y las lágrimas, en conjunto a su tiritar, también se hacían cada vez más notorios. Sin embargo, Sarah no quiso interrumpir la llamada y esperó esos eternos segundos hasta que Josh colgó.

—¿¡Qué pasó!?! —más que preguntar le gritó Sarah a Josh.

—Era un policía —le respondió Josh a Sarah—. Mi padre está detenido.

Pasaron unos segundos abrazados hasta que Sarah se separó de Josh lentamente y le pidió que la espere en la habitación que arrendaron. Josh le hizo caso de inmediato y Sarah al verlo entrar a la habitación, se dispuso a ir a la cocina y conseguir algo de alcohol. Abrió el refrigerador y encontró una botella de Coca Cola de tres litros y una de Vodka marca Absolut de un litro y medio, luego cerró el refrigerador y se dirigió donde Josh. Cuando llegó, se lo encontró sentado en el borde inferior derecho de la cama y llorando con los brazos y piernas cruzadas, junto a su cuerpo inclinado hacia esas.

—¡Josh, mira! —le gritó Sarah a Josh—. ¡He aquí el líquido del olvido! —volvió a gritarle juguetonamente Sarah a Josh.

Josh sonrió y le dijo a Sarah: “Más te vale darme, porque lo necesito”. Sarah no le respondió con palabras, pero sí con una guiñada de su ojo derecho.

Tomaron literalmente hasta desmayarse y así estuvieron cuando llegaron Bob y su esposa.

XIV

Cuando Edward llegó a su casa tenía una sonrisa de oreja a oreja y estaba lleno de esperanzas de que lo iban a recibir muy bien. Como mínimo se esperaba unos calurosos abrazos de su esposa y su hija y un largo beso de bienvenida. También se esperaba una noche de pasión junto a su esposa cuando Jennifer se hallara profundamente dormida.

Sin embargo, nada de eso pasó, ni estuvo cerca de suceder. Una vez que Marisse le abrió, luego de cuatro tocaditas de timbre, ella no estaba con el ánimo que Edward esperaba. Estaba literalmente furiosa con su rostro color tomate y sus manos hechas puños hasta tal punto que sus venas se notaban más de lo normal. Apenas Marisse recibió a su esposo no le dio una cachetada, sino un puñetazo que lo dejó en otra dimensión por unos segundos.

—¡Qué mierda! —le gritó Edward a su esposa tras ser golpeado por ella.

—Estuviste encarcelado por estar con tu amigo —le dijo Marisse a Edward—. ¿Acaso no recuerdas que yo soy tu esposa y me debes atención? —le preguntó Marisse a Edward.

Luego de la pregunta, las lágrimas cubrieron el rostro de la mujer y, al estar cegada tanto por esas lágrimas como por su decepción, le cerró la puerta en la cara a Edward sin medir la fuerza que empleó, impidiéndole así la entrada. Edward, al verse impedido de entrar, comenzó a pedirle a gritos a su esposa que abriera la puerta. Cuando notó que no iba a lograr su objetivo, decidió irse a la casa de William para desahogarse con él.

Cuando Edward llegó a la casa de William, tocó el timbre y William le abrió de inmediato. A Edward le dio la sensación de que William lo estaba esperando, aunque no era así, ya que William también se quería desahogar y, al ver a Edward parado afuera de su casa tocando el timbre una vez, fue corriendo a la entrada para abrirle la puerta a su mejor amigo.

—Ed, Josh no ha estado en casa desde el accidente de Anna —le dijo llorando William a Edward.

—Pe... pe... pero Will, ha pasado mucho tiempo desde el accidente —le respondió Edward a su mejor amigo, sin pensar si su respuesta era la más

indicada.

William le dio un repentino abrazo a Edward y él se apartó de inmediato. —Ve, ahora mismo, coge el teléfono y llama a la policía —le dijo firmemente Edward a William—. Si no lo encontramos nosotros, la policía lo encontrará —prosiguió Edward diciéndole a William—. De eso estoy seguro —finalizó.

Tal cual un perro que confía plenamente en su amo, William le hizo caso y segundos después se hallaba llamando a la policía para darles aviso de que su hijo se encontraba desaparecido hace unos cuantos días. Mientras William hablaba con la policía que atendió su llamada, su voz, en varias ocasiones, se tornó prácticamente inentendible, debido a los nervios que no lo dejaron hablar con tranquilidad durante toda la llamada, así que en los momentos de máximo inentendimiento, la policía que atendió su llamada, le pidió que respirara, contara hasta tres y luego siguiera hablando.

XV

El día siguiente a que Rebecca fuera enviada al Cambridge Mental Hospital, Thomas fue a buscarla a su casa. Él se había peleado en una fiesta la noche anterior, hasta tal punto que lo tuvieron que echar de la disco donde se encontraba, por lo que Thomas quería desquitarse con una noche de pasión junto a su novia o al menos lo que él entendía como noche de pasión, una golpiza seguida de una relación sexual también accidentada. Sin embargo, Thomas era un gran embaucador a la hora de referirse a Rebecca o al ir al conversar con los padres de ella, hasta tal punto que todos desconocían los maltratos que él le daba a Rebecca.

Una vez que Thomas tocó el timbre de la casa de su novia, la madre de ella lo recibió. Ella tenía la cara con el maquillaje mal colocado y su cabello alborotado, debido a que se pasó la noche llorando, hasta tal punto que se pasó la noche en vela.

Thomas le preguntó a la madre de Rebecca qué le había ocurrido y al no obtener respuesta verbal, lo único que sucedió fue que los labios y cuerpo de ella se pusieron a tiritar, junto a lágrimas que expulsaron sus ojos. Sin embargo, Thomas pasó por alto el estado de la mujer y procedió a preguntarle si podía pasar para estar con su novia.

—Me... me te... te... mo q... que n... n... no la verás en mu... mu... mucho tiempo —le respondió tartamudeando la mujer a Thomas.

A Thomas le extrañó la pregunta y solo reaccionó a quedarse quieto como estatua. La madre de Rebecca seguía llorando y tiritando cada vez más. Ese momento de tensión solo fue roto cuando el padre de Rebecca fue a la entrada de su casa para ver qué estaba ocurriendo. Al ver a su mujer en ese estado de tristeza, la abrazó y le pidió que lo dejara encargarse de la situación, además le pidió que entrara, porque él hablaría con Thomas. Su esposa le hizo caso de inmediato y sin protestar.

El padre de Rebecca le pidió a Thomas que entrara junto a él y lo acompañara a la sala de estar de su casa. Luego de media hora de conversación, Thomas se había enterado de que su novia se encontraba en un

hospital mental en Cambridge y los motivos que tuvieron sus padres para tomar la decisión de internar ahí a su hija. A Thomas no le agradó ni la decisión, ni los motivos, pero al verse imposibilitado de hacer algo para hacer que los padres de su novia la devolvieran a su casa, únicamente se limitó a hacer como que comprendía la decisión y seguirle el rollo al padre de Rebecca. Durante toda la conversación, la madre de Rebecca no se presentó y estuvo en su pieza haciendo lo mismo que la noche anterior, llorar en silencio o al menos intentarlo infructuosamente. Aunque no logró hacer silencio, tanto la noche anterior como en ese momento, si logró no molestar a nadie con su actuar.

Una vez que Thomas se encontraba fuera de la casa de su novia y ya se había despedido de los padres de ella, corrió durante unos minutos hasta estar extenuado. Una vez que sus piernas le suplicaron parar y él cedió ante las súplicas, se fue a sentar a una banca que se encontraba a unos cuantos pasos delante de él. Las hipótesis sobre que Rebecca estaba revelando su trato hacia ella le comían su alma y comenzó a llorar en silencio, inclinando todo su cuerpo hacia sus muslos.

Mientras tanto, Miranda Knight se encontraba haciendo su trote diario por el sector en que estaba Thomas y, una vez que lo vio unos treinta pasos delante suya y lo distinguió, se asombró porque él estaba llorando, debido a que para ella Thomas era un ser tan rudo que no le hallaba sentimientos algunos. Miranda siguió trotando y una vez que estuvo al lado izquierdo donde se encontraba Thomas, el lado del camino de tierra era donde estaba trotando y no la acera. Por lo tanto se lo topó de frente, pero fingió no haberlo visto y le dijo con una voz de sorpresa falsa, aunque le salió tan natural como se lo esperaba, hasta tal nivel que Thomas no sospechó nada gracias al tono de voz. Lo que Miranda le preguntó a Thomas fueron dos preguntas, si estaba bien y el por qué estaba llorando. Thomas no respondió a ninguna de las dos preguntas y siguió tal cual estaba antes de la llegada de Miranda, por lo que ella le insistió diciéndole que por favor le responda porque estaba preocupada por él. Se puso tan insistente Miranda, que Thomas perdió la paciencia, apretó su puño derecho e hizo el gesto de golpearla. A Thomas le sorprendió el actuar de ella, quien no se movió, pero sí le dijo que no le recomendaba tocarla, porque ella se defendería. A Thomas nunca le había sucedido que alguien lo amenazara con defenderse, sino que siempre lograba su objetivo de darle una paliza a su objetivo, por lo que Miranda comenzó a atraerle de inmediato. Thomas, para comprobar la valentía de Miranda, la amenazó con darle una

paliza, añadiendo que no le importaba que ella fuera mujer. Miranda le dijo: “Atrévete a ponerme las manos encima y verás qué sucederá”. Con esa respuesta Thomas se sintió atraído por completo de Miranda y acto seguido acercó su cara a la de ella y sin esperar que ella se lo responda o no, le dio un beso. Apenas sus labios tocaron los de Miranda, la mujer se espantó y separó sus labios de los de Thomas. Posteriormente le gritó que le iba a contar que le dio un beso a Rebecca.

Thomas no le dijo nada de vuelta y se rio fuertemente con la intención de que Miranda lo escuchara.

XVI

—¡Qué mierda! —gritaron al unísono Bob y Jessica tras haber encontrado a Josh y Sarah inconscientes.

Acto seguido, Jessica comenzó a tiritar y, junto a que sus mejillas se enrojecieron, le gritó a su esposo para que reaccionara, hiciera algo y no siguiera quieto como estatua.

Lo primero que hizo Bob fue ponerle su pulgar en el cuello de Sarah y Josh para comprobar si tenían pulso o no y al sentirlo dio un suspiro de alivio.

—Jess, espérame aquí —le pidió Bob a Jessica.

Luego, Bob fue al baño principal de la casa, el que era suyo y de su esposa y no el que le arrendaron a Josh y Sarah, agarró un vaso vacío con su mano derecha, encendió el agua del lavamanos y lo llenó de agua, procurando antes que estuviera lo más fría posible.

Una vez que cumplió su cometido, Bob se dirigió hacia donde se encontraban Jessica, Sarah y Josh. Una vez que llegó, les tiró el agua que había conseguido del baño segundos atrás en la cara a Josh y Sarah con el fin de despertarlos.

—Los dejamos solos unas cuantas horas y miren el desastre que armaron —les dijo molesto Bob a Josh y Sarah—. Son un par de borrachos —siguió diciéndoles aún molesto Bob a la joven pareja.

—¿Quién sabe si están drogados también? —preguntó Jessica al aire—. Mejor será que llame a la policía —siguió diciéndole Jessica al aire—. Los policías lo sabrán altiro —finalizó.

—No Jess —le dijo Bob a su esposa—. Dejemos que se expliquen —le pidió Bob a Jessica.

Esos segundos que transcurrieron fueron los momentos más tensos en la vida de Josh y Sarah. Los destruyeron pidiéndoles perdón a sus arrendadores. Ni a Bob, ni a Jessica los contentó la disculpa y Bob les dijo que están con un pie fuera de la casa y que si lo querían ingresar tendrían que hacer algo mejor que pedir perdón. Jessica no dijo nada, estuvo quieta como estatua y su rostro se ponía cada vez más color salsa de tomate mientras Bob discutía con Josh y Sarah. Como Sarah se dio cuenta de que el perdón no los salvaría de ser

echados de la casa que arrendaron el día anterior, se enfadó y le pretendió decir a Bob que no le importaba ser echada de la pocilga en que estaba según ella. Josh supo que Sarah iba a decir algo que los iba a condenar y, para que eso no pasara, gritó: “¡Silencio!” y Sarah no pudo decir nada, luego les dijo a Bob y a Jessica si podían llegar a un acuerdo para no ser echados.

Jessica y Bob intercambiaron miradas de satisfacción y Bob dijo: “Bueno... Sí hay algo, irán lo más pronto posible a Alcohólicos Anónimos y para que vean que no somos ogros, nosotros pagaremos las sesiones”. A Jessica no le gustó la idea de gastar plata en Josh y Sarah, pero como vio a su esposo tan seguro de lo que decía, no dijo nada, pero sí se fue repentina y silenciosamente a su pieza. A Sarah y a Josh tampoco les gustó la resolución, así que también se fueron repentina y silenciosamente a sus habitaciones.

—Bien hecho, Josh. Ahora nos creen alcohólicos y sospechan que seamos drogadictos —le criticó Sarah a Josh su actuar de forma sarcástica.

Josh no dijo palabra alguna y se acostó en su cama sobre las sábanas y así estuvo hasta el día siguiente. Por su parte, Sarah caminaba de un lado a otro reiteradas veces diciendo mentalmente: “¡Qué mierda”! Cuando se cansó de caminar optó por irse a la cama y esperar al día siguiente.

Los días siguientes antes del psicólogo, exáctamente tres, del Martes al Viernes, fueron tensos. Hasta la relación de Jessica con Bob estaba decayendo, debido a que Josh y Sarah hacían problema por todo. En otras palabras, buscaban la situación para discutir con sus arrendadores. Sarah y Josh también estaban llevándose cada vez peor, porque Sarah no quería ir a Alcohólicos Anónimos y le echó la culpa a Josh de esa decisión. A Josh no le preocupaba tanto esa resolución, le preocupaba el ser echado de la casa y/o terminar con Sarah, por lo que siempre que la situación se tornaba ardiente, pero no en el sentido sensual de la palabra, el que enfriaba la situación era Josh.

Y sucedió lo inevitable, Josh y Sarah se encontraban dormidos y, de un momento a otro, Bob entró a la habitación que ellos arrendaron y donde se encontraban para despertarlos.

—Ya es hora, chicos —les dijo Bob a Sarah y Josh—. Los voy a llevar a

Alcohólicos Anónimos —continuó—. Por Favor no hagan show, que ya he tenido suficiente con ustedes —les pidió Bob a Sarah y Josh.

Josh y Sarah despertaron tan aturcidos que ni ganas de hacer show tuvieron. Si embargo, sí habían escuchado y entendido a Bob. Josh le pidió a Bob unos minutos para que se arreglara junto a Sarah y él se los concedió.

El camino a Alcohólicos Anónimos fue tenso para los tres, ninguno dijo una sola palabra y cuando llegaron, Sarah y Josh cerraron con un portazo haciendo que Bob les gritara que la puerta del auto no era una puerta giratoria, ni a Josh ni a Sarah les hizo gracia el comentario y entraron al auto sin siquiera darse la vuelta para responderle o despedirse de Bob, quien de todos modos ya no estaba, porque apenas Josh y Sarah se bajaron del auto ya se había marchado a su casa.

Apenas entraron al recinto, se encontraron con un adulto de casi cincuenta años que los recibió con una sonrisa de oreja a oreja y les pidió que pasaran a una habitación, donde se daban las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Aunque Josh y Sarah se extrañaron por el estado de felicidad que tenía el hombre, pasaron sin dudar. La reunión no había comenzado, así que pudieron sentarse en las sillas de más atrás, tal como se lo esperaban sin tener que preguntar si estaban ocupados los asientos, debido a que nadie había llegado aún, ni siquiera el que los recibió estaba en la sala. Tras esperar poco más de un minuto y no dirigirse una sola palabra, Sarah se desesperó y le dio un beso repentino de casi cinco segundos a Josh, a quien lo tomó por sorpresa, pero se lo continuó de todas formas. Cuando Sarah terminó de besar a Josh, le dijo que tenían que salir de ahí, porque no quería que ni ella, ni Josh no volvieran a beber. Ella bebía desde que tenía catorce años y no quería renunciar a ese vicio, porque le encantaba. Tampoco quería que Josh renunciara al mismo vicio, porque no quería terminar tomando sola con Josh acompañándola sobrio.

Josh le dijo que estaba con ella en la decisión de escapar y de inmediato comenzaron a armar un plan hablando con un tono de voz tal, que solo ellos escuchaban, tanto así que el que los atendió no los oyó decir una sola palabra.

El plan consistía en esperar a que comenzara la reunión y, primero Josh, iba a pedir ir al baño y, uno o dos minutos después Sarah también pediría lo mismo. Josh se encontraría esperando a Sarah. Repentinamente, escucharía unos pasos que provendrían fuera del baño y, sin lavarse las manos, para demorar el menor tiempo posible, se asomaría por la puerta con el cuidado de no ser visto y lograr su objetivo. La última parte del plan consistía en correr a la puerta de

entrada y salir de Alcohólicos Anónimos sin importarles el armar un alboroto.

Una vez fuera del recinto y habiendo cumplido tal cual esperaban con el plan, comenzaron a caminar hasta la esquina izquierda más próxima para perder de vista a todos los de Alcohólicos Anónimos.

Cuando llegaron a la esquina, logrando así cumplir con el plan, caminaron a la banca más próxima, la cual estaba desocupada y se sentaron ahí. Se besaron durante cinco minutos y se detuvieron cuando el celular de Josh comenzó a sonar. Josh no dudó en contestar, debido a que aunque estuviera en un momento romántico, el miedo que tenía al porvenir era mayor. Josh escuchó a Bob ordenarle con un grito que se fuera inmediatamente con Sarah de vuelta al piso que estaban arrendando. Josh no alcanzó a responder, porque apenas Bob terminó su grito, colgó. Tras comentarle aquello a Sarah, no supieron cómo volver pero no quisieron volver a hablar con Bob, ni con Jessica. Al menos hasta que llegasen al piso que estaban arrendando. Por lo tanto, Josh abrió Google Maps y buscó la forma más rápida de llegar allá en autobús.

—Amor ¿No habré sido muy duro con ellos? —le preguntó Bob a Jessica.

—No te asustes, pero esto está recién comenzando —le respondió Jessica a Bob.

Bob no quedó satisfecho con la respuesta que le dio su esposa, pero como no sabía si estaba haciendo lo correcto o no con gritarle a Josh del por qué se escaparon de Alcohólicos Anónimos, no le respondió a Jessica ni positiva, ni negativamente. Lo único que hizo fue ir a un sillón de cuero negro que se encontraba en su sala de estar. Una vez que estaba sentado, Jessica también fue a sentarse en el mismo sillón en el que él se encontraba. Discutieron cinco minutos sobre si desalojar o no a Josh y Sarah y llegaron a la conclusión de que eso harían sin importar que tuvieran que indemnizarlos. Aunque la indemnización no les agradó, los dos prefirieron seguir viviendo con Josh y Sarah.

Cuando Sarah y Josh llegaron a la casa de Bob y Jessica, luego de tomar un autobús que los llevó directo allá, se toparon con que, tanto la puerta de entrada a la casa de sus arrendadores, como la puerta principal de la misma estaban entreabiertas, así que entraron sin tocar el timbre. Una vez dentro, escucharon de inmediato a Bob llamándolos desde la sala de estar con un grito, así que se dirigieron hacia el sofá de cuero color noche donde estaban sentados Bob y Jessica. La tensión de ellos se contraproducía con el ambiente, puesto que el sol iluminaba toda la habitación y el aire movía las cortinas. Ambos detalles a Josh y Sarah le dieron una sensación de alegría, paz y

tranquilidad. Sensaciones que se fueron de inmediato a su entrada a la sala de estar, debido a que apenas entraron, Bob les gritó que se sentaran en un sillón que era igual al que estaba usando él y su esposa, el mismo estaba ubicado enfrente del que Bob y Jessica estaban usando y solo lo separaba una mesa individual con un florero que incluía una margarita de plástico.

—Mañana se van sí o sí —les gritó Bob a Sarah y Josh.

Sarah y Josh no rebatieron a Bob con el fin de que él cambiara su decisión a una que les permitiera quedarse y Sarah le gritó a Bob que estaba asqueada de la pocilga que les había arrendado Jessica y Bob y les aseguró que el día siguiente ya no estaría junto a Josh antes de que Bob y Jessica despertaran.

Josh, en tanto, no quería irse porque sabía que con las cien libras que les quedaban ahorradas no encontrarían un piso mejor que el de Bob y su esposa por más de dos meses. Tanto él como Sarah se querían quedar todo el tiempo posible en Manchester y dos meses no era lo suficiente para ellos, además ellos no pretendían buscar trabajo por los próximos cuatro meses, al menos

La última noche que pasaron Josh y Sarah antes de ser desalojados del piso que le estaban arrendando Bob y su esposa, transcurrió con ellos encerrados en el piso que arrendaron durante toda esa noche.

Conversaron hasta estar exhaustos por poco más de media hora sobre qué harían al día siguiente y, la menor parte de la conversación, fue sobre cómo se irían.

Antes de que Josh se fuera a dormir en la misma y única cama en la que Sarah se encontraba durmiendo, él encendió la televisión. La televisión estaba en el canal nacional dando las noticias, una que lo involucraba directamente, tanto a él como a Sarah. El canal de televisión estaba transmitiendo un reportaje sobre una desaparición, la desaparición de él y Sarah. Una reportera de casi cuarenta años con voz grave estaba detallando la desaparición, dando hincapié de que muy probablemente no estaba en Chelsea, debido a que la policía había buscado por todo Chelsea durante días. También hizo hincapié de que William puso una recompensa de cuatrocientas libras a quien le diga el paradero de su hijo.

Después de abrir su boca a no poder más y empalidecer como nunca, despertó a Sarah agitando intentando fracasadamente no hacerle daño al brazo izquierdo de la mujer.

—Josh, no estoy de ánimo para tener sexo —le dijo lentamente y con una voz más grave de lo normal.

Josh, de un momento a otro, comenzó a llorar lenta y silenciosamente. Además

de que empezó a tiritar de tal forma que despertó a Sarah con la idea de que a Josh le estaba dando un ataque epiléptico.

A Sarah, su preocupación reemplazó a su cansancio e hizo que sus cejas se arquearan hasta tal punto que le comenzaron a doler. De inmediato, aún preocupada por el estado de Josh, le preguntó, con su voz de siempre, qué le estaba sucediendo. Josh no le respondió con palabras, pero sí le señaló la televisión con su dedo índice y tiritando, sobre todo su mano derecha, con la que le señaló la televisión a Sarah.

—Tenemos que irnos, ahora —le dijo Sarah a Josh con una voz que solo él pudo escuchar.

Sarah, luego de decirle a Josh que se debían marchar, se subió sobre Josh, con sus rodillas a los lados de la cintura de él, se tocó lo más lentamente que pudo su cabello desde la parte superior hasta la parte inferior del mismo. Luego, también lo más lentamente que pudo se inclinó a los labios de Josh y le dio un beso, el más largo que ella había dado en su vida, hasta tal punto que, cuando separó sus labios de los de Josh, respiró agitadamente para recuperar el aire y poder seguir viviendo. Finalmente se levantó de la cama y le dijo a Josh que se cambiara de ropa lo más rápido que pueda haciendo ella lo mismo.

Una vez que se cambiaron su ropa de dormir por la que usaban para salir a la cotidianidad, salieron de la habitación en que estaban y de puntillas, procurando no tocar nada más que el piso, fueron a la escalera y bajaron de la misma forma en la que se dirigieron a esta. Antes de bajar por la escalera, Sarah y Josh se detuvieron por unos instantes para escuchar si Bob o Jessica se levantaron para ir a ver qué estaban haciendo. Cabe resaltar que como Jessica ni Bob los escucharon, Sarah y Josh pudieron cumplir su objetivo de ir hacia las escaleras y descender por ellas al primer piso desde el segundo, donde se encontraban sin ser escuchados. Cuando se encontraron en el primer piso salieron de la casa, pero haciendo ruido, debido a que pensaron que Bob y Sarah no los podrían alcanzar.

Una vez en la calle, Josh y Sarah caminaron y, de repente, ven a un policía hablando con una persona y, de inmediato, pensaron que lo más probable el policía le estaba preguntando si los había visto, así que, aún de la mano, caminaron por la dirección contraria, dándose repetidas vueltas que duraban los instantes necesarios para ver si el policía los había descubierto. Caminaron a una vereda que a la derecha daba con el paso de cebra y a la izquierda con otra vereda en sentido perpendicular. Ese policía no los vio, así

que siguieron caminando hasta esa vereda agarrados de la mano.

De un momento a otro, Josh cambió de opinión completamente y le dijo a Sarah: “Por favor, dejémonos ver, nos deben estar extrañando a más no poder”. Sarah, en vez de responder positiva o negativamente, le dio una cachetada, la más fuerte que pudo, en la mejilla derecha a Josh y le preguntó de inmediato: “¿Aún quieres hacer eso?” A lo que Josh respondió positivamente, no sin antes sobarse su mejilla derecha. Sarah, al pensar que no podría hacer cambiar de parecer a Josh, accedió a dejarse ver con él con la condición de que fueran de la mano. Una vez que Sarah vio a Josh levantado, se levantó también y le dio la vuelta a la fuerza para darle un beso igual que el último que le había dado, antes de salir de la casa de Bob y Jessica, con la única excepción de que al final del mismo le mordió el labio hasta sentir unas gotas de sangre del labio inferior de Josh en su lengua.

—No quiero, pero lo haremos de todas formas —le dijo Sarah a Josh, adelantándose a cualquier cosa que Josh le diga.

EPÍLOGO

Thomas Sanders: Entró en depresión, pero más que nada le dio una crisis existencial en el que no supo si iba a cambiar su forma de ser o no. Las reflexiones sobre su vida le llegaban cada vez que se iba a dormir.

Rebecca Grant: Comenzó a odiar el haber tenido que aguantar todo ese tiempo a Jack. Aunque eso no es un impedimento para salir del centro de salud mental en que estaba internada.

Josh Smith y Janice Knight: Volvieron juntos como pareja tiempo después de haberse distanciado y perdido contacto completamente.

Miranda White: Su padre encontró trabajo en Canadá y todos los White se mudaron para allá. En Canadá, Miranda tuvo varias parejas y, con el tiempo, logró dejar de darle importancia a la relación que tuvo con Josh.

Anna Taylor: Se recuperó y volvió a su casa.

William Smith: Volvió a ser feliz tras recuperar a su hijo y a su esposa.

La Familia Arnold: Ya no existe más porque Edward y Marisse se separaron haciendo que Jennifer pasara a vivir con Marisse y que Edward solo la pudiese ver cada quince días, lo que no dudó en hacer hasta que Jennifer se casó y se fue de la casa de Marisse.

Bob Turner y Jessica Miller: Nunca más pusieron en arriendo ningún piso de su casa.